



Dib. ARISTO-TÉLLEZ. — Madrid.

HAZ BIEN Y NO MIRES A QUIEN

Ayuntamiento de Madrid

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES



DEPOSITARIO

URQUIOLA  MAYOR, 1

MADRID

En estos días es cuando
más indicado está el uso
de los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

14. — En la piel escuece.

El señor G. suelta una
tremenda carcajada.

T. A.

15. — Francés eminente.

5 0 5 0

T

CIERTO PARECIDO...

16. — Triunfador.

100 A 1000

TROMPO

17. — Para patios.

SOLUCIÓN A 50 LA CHARADA



— ¿El señor no está conforme con la comida?

— Con lo que no estoy conforme es con la cuenta...

(De The Humorist, de Londres.)

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 92.

18. — De lotería.

— ¿Segunda tercia-segunda-tercia desde aquella loma el llano para ver si viene la liebre?

— No es preciso. Mi vista es un segunda-prima-tercia.

— Quiero que sepas cómo yo por ti todo todos los riesgos.

19. — Geográfico.

ÁNSAR — CERO

ESTERTOR

20. — En el campo.

SU ¡NO! CIO

RESULTADO DE NUESTRO CONCURSO DEL MES DE AGOSTO

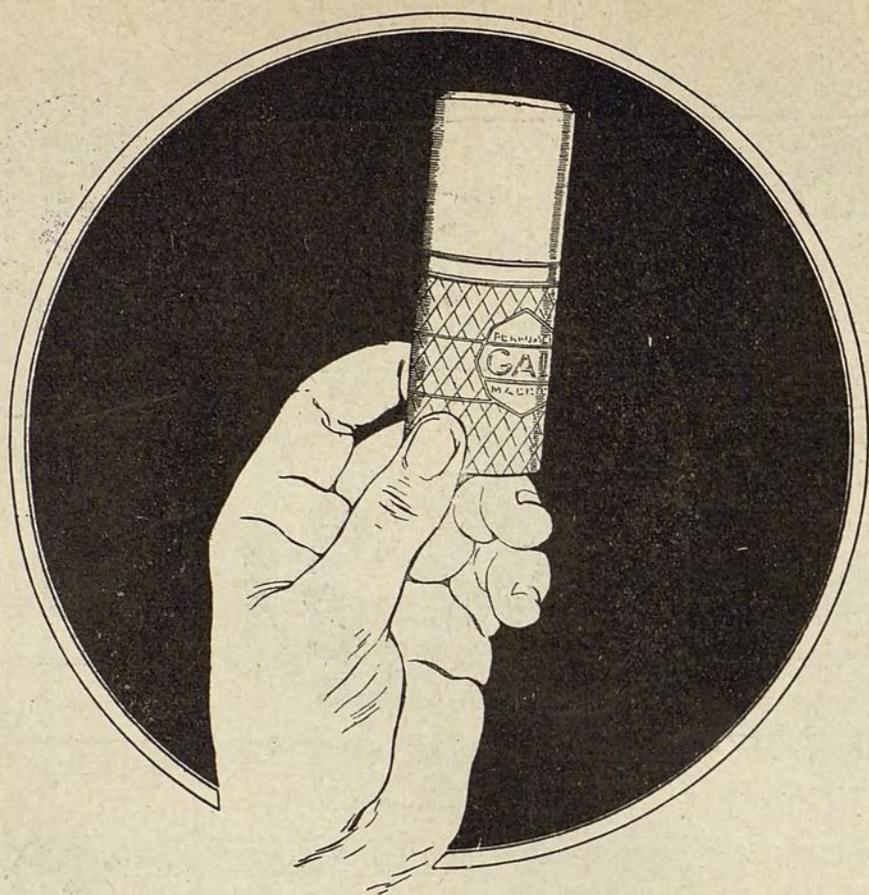
Las soluciones a los pasatiempos publicados durante el mes de agosto son:

1. *Reparo.* — 2. *Pesuña.* — 3. *De tomo y lomo.* — 4. *Don Opas.* — 5. *Veraneo.* — 6. *Alamares.* — 7. *Reposo.* — 8. *Mariscal.* — 9. *Lágrimas.* — 10. *Olivo-Ovillo.* — 11. *Alabastro.* — 12. *Cateto.* — 13. *Ante todo está Dios.* — 14. *Bebedero.* — 15. *Sastres.* — 16. *Aspavientos.* — 17. *Maritornes.* — 18. *Escuadra.* — 19. *Anchoas.* — 20. *Racimo.* — 21. *Cáscaras.* — 22. *Joroba.* — 23. *Pollino.* — 24. *Limonada.*
Examinadas las catorce mil veintinueve soluciones recibidas, se ajustan a completa exactitud las ochenta y una firmadas por los *piertetempistas* relacionados a continuación:
1. Manolito Florit. Vera, 15, Alicante. — 2. Alejandro Salcedo. Espíritu Santo, 35 triplicado, Madrid. — 3. Enrique Adame. Corredera Baja, 15 y 17, Madrid. — 4. Luis S. Alonso. Riego, 14, Zamora. — 5. Santos Varela. Bilbao. — 6. Conchita Lorenzo. Madrid. — 7. F. F. B. Ceuta. — 8. Antonio Monroy. Regimiento de Tarragona, Gijón. — 9. Juan Garmendia. Portugalete. — 10. José G. de la Sota. Portugalete. — 11. Amparito G. Naranjo. Portugalete. — 12. Luis G. Alegría. Portugalete. — 13. José Montesinos. Hotel de Francia, Cartagena. — 14. Rafael Arizcun. Zurbano, 20, Madrid. — 15. F. O. Príncipe, 13, Madrid. — 16. Antonio F. López. Martín de los Heros, 45, Madrid. — 17. Joaquín G. Linares. Ministriles, 3, Madrid. — 18. Francisco G. Gil. Villa La Caraqueña, Río Martín (Marruecos). — 19. Manuel F. S. Garrido. Pardiñas, 24, Madrid. — 20. María Teresa Medina. Por-

tugalete. — 21. Alfonso de Fuentes. Marina, 10, Melilla. — 22. Manuel G. Reyes. Glorieta de Atocha, 8, Madrid. — 23. Carlos Rivera. Génova, 31, Madrid. — 24. Manuel Ramírez. Antonio Acuña, 9, Madrid. — 25. Tapia. Algete (Madrid). — 26. Rafael Pacheco. Morería, 4, Córdoba. — 27. J. Algalba. San Simón, 6, Madrid. — 28. G. Capdevila, Bailén, 39, Madrid. — 29. María Alonso, Santa Cruz de Mercenado, 20, Madrid. — 30. José Luis Miller. Lagasca, 18, Madrid. — 31. Ventura Vizcaino. López de Hoyos, 84, Madrid. — 32. Juan Ruiz Sánchez. Divino Pastor, 5, Madrid. — 33. José Luis Pineda. Conde de Aranda, 18, Madrid. — 34. Manuel Lorente. Bilbao. — 35. María Teresa Rulobe. Gaitán, 17, Jerez de la Frontera. — 36. Enrique Aparicio. Princesa, 6, Madrid. — 37. Celedonio G. Brieua. Nador. — 38. José de la Matta. Juan de Austria, 18, Madrid. — 39. Antonio Duque. Vivo-Rosario, 6, Sevilla. — 40. Régulus. Cartagena. — 41. José Marcos Domínguez. Madrid. — 42. Gloria G. Gullón. Alcalá, 166, Madrid. — 43. Carlos F. Cancela. Marqués de Urquijo, 3, Madrid. — 44. Jaime Precios. Fundidores, 7 y 9, Granada. — 45. F. Javier Mendiguchía. Los Madrazos, 18, Madrid. — 46. Carlos S. Ocaña. Almirante, 25, Madrid. — 47. Luis Prieto. Magdalena, 19, Madrid. — 48. Carmen Camino. Mayor, 15, San Sebastián. — 49. Josefina y Ascensión Ramírez. Villalba (Madrid). — 50. Emilio Riñón. Madrid. — 51. Eduardo de la Matta. Porvenir, 7, Sevilla. — 52. Luis de la Matta. Porvenir, 7, Sevilla. — 53. Luis Tarodo. Avemaría, 46, Madrid. — 54. Ra-

fael Gómez. Princesa, 60 duplicado, Madrid. — 55. Magdalena Yarza. Princesa, 60 duplicado, Madrid. — 56. Antonio F. Aguinaga. Lavapiés, 27, Madrid. — 57. Justo Espinosa. Gaitán, 12, Jerez de la Frontera. — 58. María Martín. Navalmoral de la Mata. — 59. Ricardo de Diego. Palma, 62, Madrid. — 60. Felisa Alba. Luna, 21, Madrid. — 61. Clemente Rodríguez. Pizarro, 22, Madrid. — 62. Fernando Gutiérrez. Mediodía Grande, 9, Madrid. — 63. Manuel Tárrega. Mendizábal, 61, Madrid. — 64. Eloy del Puerto. Cardenal Cisneros, 8, Madrid. — 65. J. Gualberto Lausín. Pérez Galdós, 10, Madrid. — 66. Alfonso Alvarez. Zurbarán, 11, Madrid. — 67. José Alvarez. Factor, 16, Madrid. — 68. Marcial Arcal. Madrid. — 69. Antonio Herrera. Santa Lucía, 3, Madrid. — 70. Marcos G. Manteca. Portugalete. — 71. María Teresa de Otaduy. Portugalete. — 72. Juan Mateos. Comandancia de Artillería, Ceuta. — 73. Generoso Peiregea de los Caballeros. — 74. José Requena. Estación Torpedista, Cartagena. — 75. E. Alvarez Alzaga. Factor, 16, Madrid. — 76. J. Curutchet. Infantas, 34, Madrid. — 77. Carmen Euleche. Palma, 23, Madrid. — 78. D. López Suárez. Jorge Juan, 26, Madrid. — 79. Santiago Escudero. Argensola, 3, Madrid. — 80. Manuel Ojeda. Conde Duque, 8, Madrid. — 81. Miguel Casas. Trafalgar, 5, Madrid.

El sorteo de premios se verificará el día 24 del actual, a las seis de la tarde, en nuestra Redacción. Los billetes de Lotería para el primer sorteo de octubre corresponden al número 30.134.



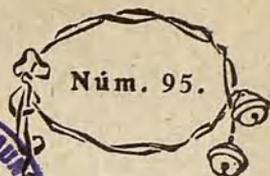
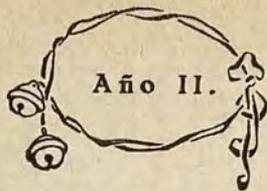
Jabónese bien y se afeitará bien.

EL JABÓN GAL
para la barba

forma en el acto espuma abundantísima que no se seca en la cara. Suaviza la piel y ablanda en un minuto la barba más dura, facilitando el paso suave de la hoja.

Por ser neutro no irrita la epidermis.

BARRA 1.50 EN TODA ESPAÑA



Madrid, 23 de septiembre de 1923.



ACLARACIONES AUTOBIOGRÁFICAS

LO QUE QUIERE DECIR MI CORBATA



He tenido por fin este verano un heroico arranque: me he arrancado la corbata y he paseado por la calle con la pechuga al descubierto... Pero es un arranque temporal, debido

al tiempo tan canicular y despiadado, por el tiempo excesivamente veraniego; quiero hacerlo constar, y quiero añadir un detenido comentario para que ese gesto mío no pueda ser tomado como un acto subversivo de protesta y de emancipación frente a las imposiciones de la moda.

¡No; no hay tall... Yo no me emancipo de la moda, institución respetable e intangible. Yo, por lo pronto, aunque parece que no llevo corbata, la llevo: la llevo en el bolsillo; puedo mostrarla a cada paso, como quien presenta la cédula, y probar de ese modo que no escatimé las 3,50 que debe pagar todo ciudadano como impuesto de tirilla ni trato de esquivar el acatamiento a una de las instituciones más tradicionales y sagradas.

La corbata, por sumaria y livianilla que la usemos, no puede ser arrancada de raíz de nuestro cuello sin grave detrimento. La corbata es el nudo gordiano de la civilidad: no puede desatarse bruscamente. Esa telilla, tan insignificante en apariencia, tiene honda raíz en nuestra carne, y al querer arrancarla de cuajo, se lleva tras de sí la tajada, lo mismo que cuando tratamos de arrancarnos los padrastrós. Y es que no son los padrastrós, son nuestros padres mismos los que tratamos de arrancarnos al querer prescindir de la corbata. Fueron ellos los que nos han legado el uso, por ellos conquistado, de ese adminículo imprescindible y superfluo, como la belleza y como el arte. Degolli-

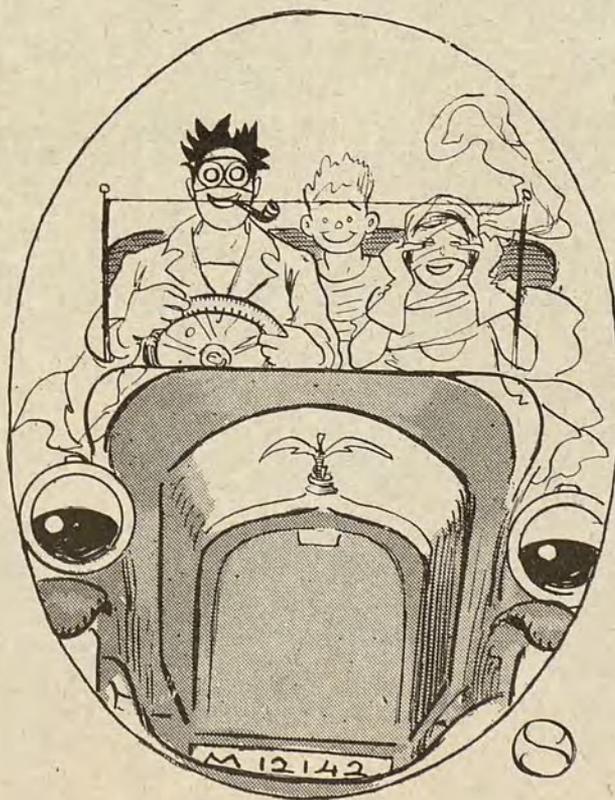
na abundante de cabezas costó en la historia humana el logro de un derecho, al parecer tan baladí, como el de hacer intangible e inviolable el lametón a la goma de los sobres. Pues mayor ha sido la evolución y más prolijos los tanteos necesarios para que la corbata se mantenga, al cabo del tiempo, como debe. La corbata es el cordón umbilical que nos une a la vida de la Historia. Por eso el que lo corta siente en el acto que la vida se le perturba grandemente. La amistad se quebranta, el trato social se paraliza, la conversación se hace imposible ya; nadie sabrá hablarnos más que de una sola cosa: de nuestra falta de corbata. Unos, de soslayo

y con sorna; otros, por el contrario, creyéndose en la obligación de aplaudir el rasgo y de extenderse en consideraciones psicológicofilosóficosociales acerca de los prejuicios, de los convencionalismos, de la comodidad, de la independencia, de..., de lo que sea, de igual; digan lo que quieran, no habrá en la conversación más que corbata; la corbata se os enroscará a vuestro cuello con cien mil quinientas vueltas, y estrangulará nuestra vida de relación. Las mujeres os mirarán, y ya no podréis saber si os miran por suerte que tiene uno o porque nos falta la reglamentaria y consabida envoltura de la tráquea. No digamos nada de los que recelan, sus-

picaces, no sé qué amadamas propensiones de frescura moral allí donde no pasa de haber una modesta aspiración a una frescura laríngea y atmosférica.

Locura prescindir de la corbata: a la Naturaleza no se le puede llevar la contraria impunemente; a la segunda naturaleza, menos todavía que a la otra; «lo natural» vuelve al galope, y la corbata es el signo más natural que tiene el hombre. Es la hoja de parra, que quiere subirse a la cabeza para encontrar razones en su apoyo. La hoja de parra en el hombre es tan natural como la parra. La corbata es el signo zoológico o, por decirlo así, *buffonesco* que nos diferencia mejor de los otros animales, y que nos diferencia entre sí a nosotros mismos los hombres. La corbata es la verdadera decoración que marca las castas y las clases.

¿Pueden engañar a nadie esos hombres que usan corbata de plastrón, esa especie de corazón de trapo que se les sale por la abertura del chaleco y les abomba el tórax en pechuga de pichón, engolándolos, inflándolos, haciéndolos que rebosen, como si su cabeza fuera el tapón de una



Dib. SILENO. — Madrid.

vasija llena de espuma aparatososa que se les escapara por el cuello? ¿Pueden engañar los de esas corbatas de nudo ancho y sin arrugas, hecho a máquina, y prendidas con un gran alfiler para que no se descompongan?

Son ésas las corbatas para los chalecos con vivo de piqué de los diputados provinciales y provincianos que vienen a Madrid con el sombrero de copa de la boda y un bastón, puño de plata, regalo también de «aquél entonces». Son ésos los hombres muy *paquete* que vienen ya empacuetados de la fábrica para ser expedidos así, como específicos que sirven para todo y que luego no sirven para nada. Las corbatas de estos hombres parecen execrables; pero no, los execrables son los dueños; ellas, por el contrario, no hacen más que delatarlos y decirnos: «¡Fijaos bien; mirad cómo me trata, cómo me ha puesto este pobre hombre!...»

La corbata de lazo, en cambio — no ese lacito casquivano, presumidillo, pinturero, muy tieso y peripuesto, que parece las aspas de un ventiladorcete prendido en las pajaritas del cuello para dar aire fresco al bigotillo, sino las corbatas de lazo campechano, al desgaire, familiar, comedido y correcto, madrileño, esa corbata que es, ¡cómo no!, la que yo uso —, no puede ser tratada con desvío ingrato ni postergada con desprecio. Ella es la mariposa que se posó en mi nuez para disimularla con sus alas. ¿Cómo tratarla yo con ingratitud después de eso?

No. Yo he prescindido de la corbata en el verano, porque el verano no se cuenta en la vida: es un paréntesis del tiempo. En el verano, como sabéis, no hay Cortes, y la corbata es una insignia cortesana.

Por eso ahora ya, cuando parece que se aperciben a volver a las Cortes los primeros frescos, vuelve a surgir también en esta corte mi corbata, mariposilla del otoño. En el verano estuvo oculta porque cumplía en esa época su etapa de larva: estaba envuelta en el capullo de seda de mi americana de idem, color sorbete claro. Pero ahora, en el otoño, cuando, ¡ay!, se ha roto ya el capullo de seda de mi hoja de idem, ese capullo in-

olvidable que me duró tres temporadas, mi corbata gentil, mariposilla del otoño, vuelve a prenderse en mi laringe como trébol airoso de cuatro hojas, insignia y testimonio de mi ciudadanía y de mi acatamiento a la moda, a las costumbres, al ornato de mercería y a todas las instituciones venerables.

Téngase siempre en cuenta.

MANUEL ABRIL

DÁNDOLE VUELTAS A LA SILLA

Un lector supersticioso o una lectora simplemente súper deben decir «¡Lagartol, ¡lagartol!», o tocar una herradura vieja, después de leído el título anterior. Una vez hecho esto, cuando la silla no dé más vueltas, pueden tomar asiento. Pero siempre que lo hagan, de una manera natural, y no resulte un asiento de estómago.

La importancia y la variedad de las sillas es enorme. Sin embargo, todos los autores están conformes en que no sirven para rizarse el pelo, sino para sentarse. He ahí su diferencia con las tenacillas y rizadores. Y es tanta su antigüedad, que ya Mahoma habla de las sillas de caballo y de los caballos de silla. Pero estudiémoslas cómodamente sentados estos principios. Sentados.

Andando sobre un mapa, cosa algo difícil si el mapa es de pared, nos encontramos con la silla de Roma, o de San Pedro; en España, con la silla de Vitoria; de Vitoria nos da el naípe por marchar al Escorial, donde se halla la silla de Felipe II — tallada en el monte

de piedra —, y otra silla del mismo monarca, llamada silla gótica, porque en ella descansaba su pierna gotosa el gran rey.

Dejando la geografía sobre la silla y yendo a la novela, vemos que ya en lo antiguo se fugaban los enamorados en sillas de posta; que en los cines modernos ponen juntas los novios sus sillas *aposta*; que en los circos se las vende de pista, y en las tiendas de muebles se las fabrica de pasta, y en Telégrafos las hay de poste.

La reunión de sillas se llama sillería. Puede ser «Luis XV», forrada en damasco, y decorar un gabinete; puede ser de piedra de granito y formar una fachada. Si está henchida y tapizada, se la lleva al estrado; si le asoman los muelles, se la lleva al traperero. Si es una silla grande, se la llama sillón; si es para montar, sillín; si es para edificar, sillar; si es para insultar, silleta... Pero desde la silla coral de los coros a la curul de los curas; desde la episcopal de los obispos, y la arzobispal de los arzobispos, y la primada de los primados, ninguna silla es de tanta vista como una silla de orquesta. Podrá haber una silla de formas bellas toda entera. Pero si no entera en eso de las formas, se ve en las de orquesta más de la media.

Hay sillas duras, como las de madera, la del estudiante ante el tribunal de examen y la del picador. Sillas cómodas, así llamadas cuando se pone la cómoda sobre la silla. Sillas incómodas, en el caso contrario. Sillas blandas, las que emplean los escritores, llamadas sillas de pluma, y la sillita de la reina. Sillas que se clarean, las que son verdes y se ponen al sol, y también las de rejilla. De tijera, que sirven para cortar. De ruedas, para rodar. De vaqueta, para vaqueterar. De alambre, para romperse los pantalones. De cuerda, para los relojes, etc.

Ante tanta variedad, ante un cúmulo tan enorme de sillas, ¿cómo orientarse, cómo encontrar la que se desea, sobre todo si se entra en la gran sala de un teatro?... Llamar al acomodador es lo más indicado en tales casos.

ALFONSO DE VIEDMA



Dib. RAGANTO
Madrid.

— A mí me gusta José Luis por lo bien educado.

— Sí, sí; tiene muy buenas formas.

LO QUE DICEN LOS PERIÓDICOS SERIOS

Un servidor de ustedes tiene la funesta manía de ilustrarse leyendo la Prensa sesuda y cotidiana. Todo lo que sabe lo ha aprendido estudiando en *La Epoca*, *El Debate*, *La Correspondencia*, *El Imparcial*..., en fin, en todos los diarios que caen en sus manos, unos comprados, otros prestados, otros incautados violentamente y otros sirviendo de envoltorio a comestibles o a diversas mercaderías de primera necesidad.

Yo todo lo leo, lo medito, lo discuto y lo hago, al final, entrar solemnemente en el depósito de mis conocimientos. Mi cultura es, por tanto, universal, colosal, mapamundial... La Prensa me ha hecho sabio.

Ahora bien: a veces leo cosas que me dejan suspenso, absorto, extático, mudo..., y si no mudo, porque no quiero exagerar, por lo menos muy tartamudo... Y es que hay señores que escribiendo se distraen y hacen afirmaciones un tanto extravagantes, un poco peregrinas, un algo originales y una miaja perturbadoras... A esta clase pertenecen las siguientes líneas del muy noble y leal periódico *Informaciones*, que en su sección *Fichas de un archivo*, atribuye a Urzaiz la paternidad de una frase célebre.

Lo hace de esta manera:

Al tomar Canalejas su primer Gabinete, trató de convencer a D. Angel Urzaiz para que aceptase una cartera. No pudo lograrlo, y días después, en un debate que se planteó en el Congreso sobre la orientación política de aquel Gobierno, Urzaiz intervino con gran vehemencia. Un poco enojado por ello, Canalejas manifestó a la Cámara, que si Urzaiz se expresaba en tales términos era porque no había querido ser ministro solamente.

Y entonces Urzaiz le contestó:

— En efecto. Ministro no quiero; presidente no puedo, y Urzaiz me quedo. — N. N.

Con permiso del señor N. N., me voy a permitir afirmar aquí, con toda la seriedad que su interesante argumento requiere, que esa frase no es de Urzaiz, sino de su eminencia el cardenal de Rohan, y fué pronunciada en Versalles, antes de que a Luis XVI y a su distinguida esposa les oliera la cabeza a pólvora. El buen Rohan, en uno de sus momentos de soberbia, y al ver que no conseguía meter la *tête* en la política, vino a decir una cosa así como ésta:

— Rey no puedo; príncipe no quiero; pues Rohan me quedo.

Cosa que no nos extraña que Urzaiz se apropiase para hacer una frase sin molestarse en pensarla (como hace

Maura muchas veces); pero que nos llena de rubor cuando meditamos que ha servido para dársela con queso al señor N. N., a *Informaciones* y a sus honestos lectores, entre los cuales tengo el ingente honor de contarme.

Hay que desengañarse: todo lo que dicen los políticos y los autores dramáticos españoles se ha hecho ya, por lo menos, otra vez.



La Correspondencia de España daba el otro día la siguiente noticia:

Un español asesinado en París.

PARÍS, 10. — *Un obrero español, llamado José Antonio Puig, ha sido asesinado al salir de un café de Tours. Los asesinos, dos franceses y un español, le robaron la cartera, en la que llevaba 4.000 francos.*

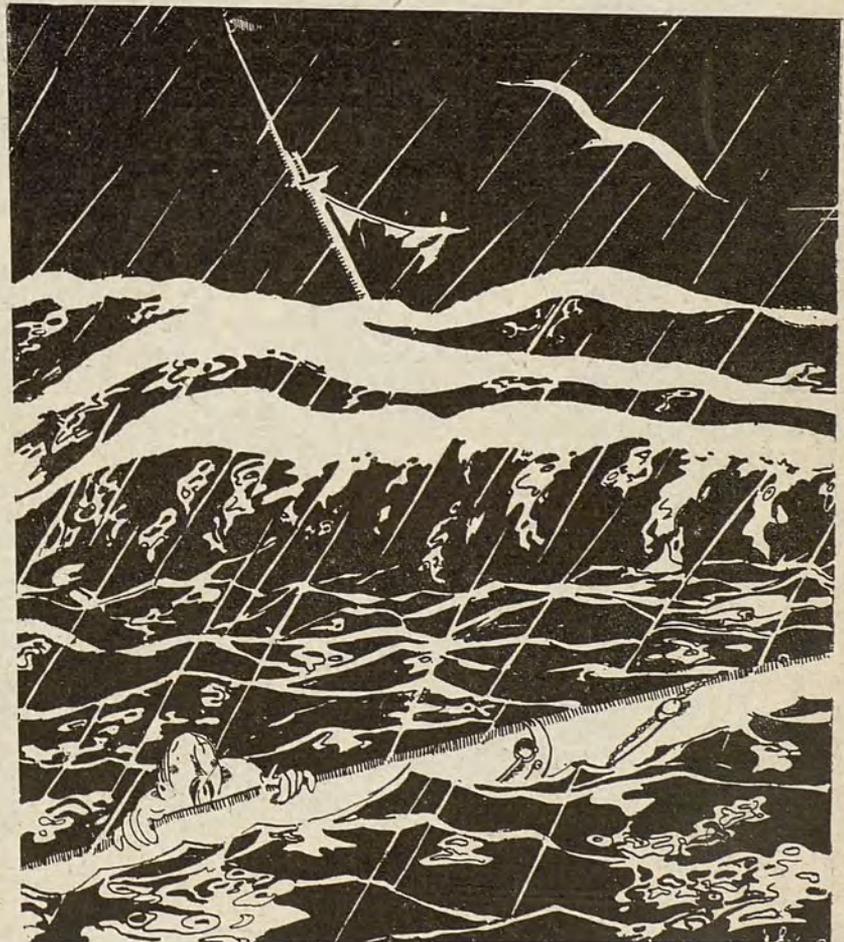
¡Reflexionemos!

Si fué asesinado al salir de un café de Tours, no fué asesinado en París. Si fué asesinado en París, sería lo menos siete horas después de salir del café de Tours, las necesarias para ir del café a la estación para tomar el tren y para llegar a París; por lo cual no fué asesinado al salir del café de Tours, sino muchísimo más tarde de la hora en que salió del café de Tours.

Las cosas claras.

¡Y el café de Tours también!

¡Y el café que darán en el café de Tours suponemos que lo mismol...



Dib. ELÍAS. — Gijón.

EL NAUFRAGO. — ¡Qué desgracia! Se me olvidó ponerme los calzoncillos de lana, y voy a coger un resfriado.

También de *La Correspondencia de España*, y ya de hace muchos días (que he empleado en estudiar el asunto sin verle la punta), son la noticia y el comentario que copio a continuación:

ROMA, 31. — *Se anuncia que la ex emperatriz Zita tiene intención de vender el famoso diamante «El Florentino». Esta preciosa piedra pesa 139 quilates y medio y se evalúa hoy en 30 millones de liras.*

N. DE LA R. — *Según información de Roma, el Gobierno se opone a la supuesta venta. Parece que Italia reivindica sus derechos sobre la joya. Pero estos derechos, que creemos respetables, ¿no suponen al mismo tiempo en Italia y en todos los vencedores de la Gran Guerra el deber de haber-*

se preocupado caballerosamente de la situación de la viuda y los hijos del más desgraciado de los soberanos de Europa?

¡Meditemos otra vez como antes!
¿Por qué se compadece *La Correspondencia* de la ex emperatriz Zita?

¿Qué quiere decir al hablar de la situación en que ella y sus hijos han quedado?

Porque con un brillante de 30 millones de liras, es capaz de quedarse viuda y huérfana media Humanidad sin verter una lágrima.

Quedamos, pues, en que llamar pobre Zita a esa noble señora, es un exceso de celo que no debe repetirse.

NÉSTOR O. LOPE

EL ORIGEN DEL MAL

Cuando el Creador pidió que le enseñaran el balance quinquenal de vicios y virtudes, para ver cómo marchaban las cosas por la Tierra, no suponía, ni remotamente, lo que sus ojos iban a ver. Los seres creados por él a su imagen y semejanza se habían desfigurado bastante, y no sólo hacían acá abajo lo que les venía en gana, sino que estaban construyendo una imponente torre para escalar la mansión divina y armar allí un cisco de cincuenta mil demonios.

Quedóse el Señor un poco perplejo, y acariciándose la hipotética barba y no creyendo lo que le decían, tendió su penetrante mirada por el mundo. En verdad que el balance era cierto y el número de los malos infinito. Pero como el Señor, en su inmensa bondad, quería hallar atenuante en la actitud, un tanto irrespetuosa, de sus hijos, rebuscó entre ellos, en la creencia de que las virtudes de alguno serían bastantes para contrabalancear aquel peso enorme de faltas. Todo fué inútil: los dos únicos seres humanos inscriptos en la lista de los buenos eran dos ingenuos enamorados, que en un rincón de lo más escondido, ajenos a lo que a su alrededor pasaba, procuraban arrullarse lo más tiernamente posible.

Volvió Nuestro Señor a acariciarse la barba, y estuvo pensando durante largo rato la solución de tan grave conflicto. Su primera determinación todos la sabemos: fué la destrucción de la torre y la confusión de lenguas. Pero la segunda, la más transcendental, no se atrevió a tomarla delante de los ángeles, santos y demás buena gente que le rodeaba. Los despidió a todos con un gesto apesadumbrado, y al cerciorarse de que estaba completamente solo, abrió un cajón de su etérea mesa y sacó un extraño instrumento. Por lo que con él hizo, creemos que era una espléndida goma de borrar. De la lista repleta de nombres borró la palabra «Malos», que la encabezada, y puso en su lugar otra que decía «Buenos». Y en la de buenos, ocupada tan sólo por aquellos dos infelices, puso, con gruesos caracteres de letra, «Malos».

Desde entonces los llamados buenos son mayoría, y se dice que todos los males son una consecuencia más o menos lejana del amor.

CARLOS DEL RIVERO



— ¡Atizal... ¡Ahora sí que ya no sé adónde ir!

Dib. GAFFILO. — Madrid.



Dib. LÁMBARRI. — Zaragoza.

ÉL. — ¡Qué pronto nos abandona usted!... ¡Ah, si estuviera en mis manos retenerla!...

ELLA. — En sus manos, no; pero está en sus pies.



LOS NIÑOS QUE NO PAGAN

Antes había más sitios en que los niños no pagaban. Se utilizaba su influencia para hacer entrar a los padres.

— Anda, papá, yo quiero...

— Que yo quiero, papá...

— Papá, que no te cueste nada mi entrada...

Otras veces era el padre el que sentía la propensión a entrar en un espectáculo, y no se hubiera decidido si los niños hubiesen pagado, porque iba con los cinco más pequeños...

Hasta en el café había la costumbre de dar a los niños una consumación gratis. ¿Que su papá tomaba chocolate? Pues el niño, una jícara pequeña de lo mismo.

El límite de la edad del niño es lo que se cuidaba con mucho tiento, y la niñez tenía entonces una demarcación muy específica, que hoy casi se ha perdido.

«Hasta los niños menores de cinco años», decía una nota, y en la interpretación de aquellos cinco años estaban las grandes disputas.

Los cinco años se dilataban según el aspecto juvenil del niño o su crecimiento. Hubo niño que tuvo cinco años hasta que rondó la mayoría de edad.



— Tú, pon cara de niño tonto — decía la madre al niño que engañaba con su tipo de hombrecito.

En las Termópilas de las entradas de teatro, la mamá decía, haciendo como que buscaba a su niño desaparecido:

— ¿Y, este niño?... ¿Dónde anda ese

niño?... Como es tan pequeño, sabe usted, se pierde aun teniéndole encima.

El de la puerta cerraba el paso, sin embargo, y encarándose con el niño decía:

— Ese niño paga...

Y se armaba un gran escándalo, sacando el director para solucionar el conflicto y apreciar bien la edad del niño:

— Pequeño, abre la boquita...

— ¿Cómo?... ¿Pero es que se ha creído usted que mi niño es un burro para apreciar su edad en la boca?

— No es eso, señora... Es que quiero saber si tiene ya o no la muela del juicio.

Había niños que se metían en hormas especiales para que siempre pudiesen entrar en los teatros, tomar algún piscolabis gratis y viajar.

Hoy se ha perdido aquella tradición que daba a los niños trato de excepción delfinesca. Verdad es que hoy los niños saben muchas cosas, son hombrecitos con raya y usan gafas de carey. A los que se podría admitir gratis en los espectáculos es a los ancianos mayores de ochenta años. Con eso se lograría retener una generosidad que estaba en la constitución de los espectáculos.

El niño de antes, con verse excluido de la necesidad de pagar, no se sentía, sin embargo, muy satisfecho. Eso le hacía desaparecer. No se sentía con orgullosa existencia hasta que no pagaba. Hubo niño exento de pago que se acercó a la taquilla y recabó el derecho a pagar. Después ese niño había de ser un hombre de pro. El general Serrano, Prim, Castelar, Valera...

Todavía quedan algunas ventajas para los niños, y la gente sigue abusando de ellas. Hay niños que continúan de pantalón corto, aunque ya tienen las piernas peludas que en broma enseñan los *clowns*, como hubo militares que, por ahorrar dinero en esos espectáculos en que los «militares sin graduación» pagan la mitad de la entrada, se quitaron los galones al entrar en la barraca.

Los abusos de ahora donde más se cometen es en los tranvías, y el caso más típico de cometedor de este delito de menoricidio contra las Empresas, es la madre del *jockey*, que, aprovechando de que su hijo sólo pesa dos libras y media, le lleva en brazos, le mete la gorra de rayas un poco más de lo que él tiene costumbre de calzarsela y consigue no pagar billete.

De que no paguen los niños también abusan algunas embarazadas, esas terribles embarazadas que parecen llevar consigo un niño de diez años, y a las que el cobrador mira muy escamado, moviendo y repasando las hojas del librillo azul de los billetes, como si fuera a cortar para ella sola varios cupo-

nes, pues la verdad es que impone la sensación de que va todo el tranvía ocupado por ella.

En el porvenir, para evitar estos abusos, se hará un cuadro específico de cosas que caractericen a un niño muy pequeño:

«Que no pueda caber en un maletín.»

«Que cuando le pregunte el revisor o cobrador no diga toda la retahíla de su nombre y apellidos, y, además, «para servir a Dios y a usted».

«Que no se ande en la nariz con la ciencia que caracteriza a los niños que pasaron la primera infancia.»

«Que tire del pelo a la señora que tenga al lado», etc. etc.

Se llegarán a encontrar señales precisas y aparatos pedagógicos de precisión para calcular la fuerza de la visión y la comprensión del falso o verdadero niño, del niño con dientes de leche o con los colmillos muy crecidos y duros.

Las Empresas no deben suprimir estas ventajas a los niños.

Hay que darles ventajas para que no se vuelvan atrás. Será un negocio para las Empresas proteger al niño, porque él será hombre, y, por tanto, viajero, consumidor y público, que, en resumen, les pagará grandes sumas.

Hay que dar facilidades a los padres para que no se abstengan. Puede mucho



en la preparación del niño el que los padres piensen: «Podrá ir en tranvía gratis.» «No nos descompondrá el presupuesto del verano durante unos años.» «Hasta le llevaremos al circo sin pagar.»

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

* Ilustraciones del escritor.

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

UNA INVASIÓN EXTRAÑA

No hará un mes que llegaron, sin que se sepa de qué oriente lejano, paseando por Madrid el exotismo de su figura, tocados con gorros de astrakán y portadores de toda clase de pieles, de tapices y alfombras persas de indiscutible procedencia alemana.

Hay quien, con la importancia del que descubre un grave secreto de Estado, supone que esta penetración pacífica de hombres cetrinos se debe al reciente viaje que hizo a Madrid Ahmed Kadjaz, el joven y regocijado Shah de la misteriosa Persia. Sin duda, el soberano dijo a algunos de sus leales:

— En Madrid no he visto ni un tapiz persa. ¿No es esto desconsolador? Tampoco he visto una piel de las temibles fieras de nuestros bosques; ni siquiera una. Es necesario vender en España nuestros productos. Se necesitan hombres abnegados para esta obra patriótica.

Entonces, estos hombres de los gorros de astrakán, que eran altos dignatarios y ricos caballeros de la nobleza persa, se ofrecieron como voluntarios a esta obra de propaganda.

Seguramente, esta opinión no puede sustentarse del todo, aunque tiene un agradable sabor de leyenda antigua.

Lo extraño sería averiguar qué idea tienen estos hombres de la psicología del pueblo español.

A mí no se me hubiera ocurrido nunca vender abanicos japoneses en una sesión de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, ni zapatos de tafilete charolado en una novena a San Luis Gonzaga. Me hubiera siempre resultado de una excesiva incongruencia.

¿Qué profunda conexión encuentran estos hombres entre tomar un limón helado en la terraza de un café y adquirir una piel de búfalo turco?

Sin embargo, estos hombres persisten un día y otro en su empresa, y es forzoso creer que, si no vendieran, no podrían vivir, sin tener, efectivamente, una patriótica misión que cumplir.

Pero ellos viven, y un día y otro, con tenaz insistencia, se acercan varias veces a ofrecernos sus manufacturas.

Hablan un español muy trabajoso; pero van adquiriendo ya frases castizas para esmaltar sus ofertas. Puede decirse que han tomado cédula de vecindad, y que no se marcharán de Madrid sin habernos colocado todo su *stock* de tapices persas *made in Germany* y de pieles de cabra empalmadas.

Sólo así, cuando en cada una de nuestras casas hayan dejado su recuerdo, volverán al país lejano que añoran sus ojos negros y sus bigotes lacios.

Una noche, sentado en la glorieta de Bilbao, un colaborador nuestro, muy conocido por sus preciosísimos dibujos, mientras tomaba cerveza sintió la tenta-

ción de comprar una piel que un turco imitado le ofrecía. Le miró a través de sus lentes, con la desorientada fijeza de su estrabismo, y le preguntó:

— ¿Cuánto?

— Veinticinco duros.

— ¿Cuánto? (*Nuestro colaborador es un poco sordo.*)

— Veinticinco duros, señor — contestó el vendedor, arrastrando mucho la terrible *erre* de duros.

Un amigo, por lo bajo, insidiosamente, apuntó a nuestro colaborador:

— Ofrécele siete.

— Siete — contestó el caricaturista.

— ¡Oh! — sonrió el mercader —. ¡Usted compra muy barato! Veinticuatro, lo menos...

— Ocho — aumentó el comprador, tentando amorosamente la deliciosa suavidad de la piel.

— ¡Oh, no, señor! ¡Usted compra muy barato!

Nuestro hombre sintió un terrible deseo: el de llevarse a casa aquella piel. Debía pensar en las crudas noches del invierno, en que llegaba a casa tiritando debajo del gabán de travilla y tenía que encender la estufa eléctrica. Aquella piel le acogiera con todo amor al entrar en la cama. Animado por todo esto, subió un duro más.

Los amigos estaban aterrados. No comprendían que nadie compre una piel

en pleno mes de agosto, y menos aún nuestro colaborador, que lleva por el verano una camisa descotada. Quisieron disuadirle; pero ya era tarde, y el trato empezaba a realizarse en serio.

Acabó por quedarse con la piel en diez duros. El vendedor se alejó saludando muy expresivamente.

Mientras permaneció en el café, todo fué bien para nuestro amigo. Más triste fué luego verle ir por la calle llevando al brazo la piel magnífica hasta llegar a su casa, en un barrio lejano.

Al llegar a casa despertó a la familia para mostrar ante sus ojos despabilados la fastuosa adquisición.

— ¿Eh? ¿Qué os parece? ¡Una gangal! Se reservó el precio para la sorpresa final.

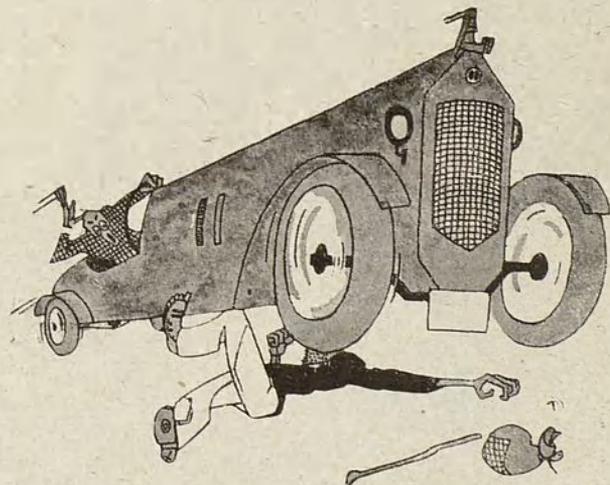
— Es muy bonita. Es igual a la que compró papá el año pasado — dijo la esposa de nuestro colaborador.

— ¿Cuánto? ¿Cuánto le costó? ¿Veinticinco duros?

— ¡Oh, no! ¡Doce pesetas, en el bazar!...

Nuestro colaborador, contemplando desengañado aquellas pieles de cabra, unidas para asemejar la envoltura de un animal enorme y terrible, cazado en la selva de Oriente, juró renunciar al mundo y a sus vanidades.

José LÓPEZ RUBIO



Dib. DURÁN
El Escorial.

OLVIDO LAMENTABLE

— ¡Ya se podía haber afeitado, imbécil!... ¡Con esas barbas me va a pinchar los neumáticos!...

EL ADULTERIO SEGÚN LOS PUEBLOS

VARIAS VERSIONES DE UNA MISMA ESCENA

EN ESPAÑA

Luis Pérez, ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, y Julia Caro, bella señora de veintiséis primaveras, casada (pero no con Luis, sino con otro primavera, por lo cual, en lugar de veintiséis, tiene veintisiete). Están conjugando el verbo amar con un furor velocipédico, cuando suena el timbre de la puerta.

JULIA. — ¡Cielos!... ¡Mi esposol...

LUIS. — ¡La carabal... ¡Qué hacemos?

JULIA. — ¡Hacemos una cosa muy fea, y si se la cala, nos degüellal

LUIS (aterrado). — ¡¡Mi señora madre!... ¿Dónde me meto?

JULIA (más aterrada y llorando a

cuatro manos con Luis). — ¡Si mi esposo te pilla y trae el bastón de los domingos, donde te metes es en la cama, y dudo de que salgas de ella más!

LUIS. — ¿Puedo tirarme por el balcón?

JULIA. — Hay ropa tendida.

LUIS (con resignación fatalista). — Entonces... ¡que Dios acoja mi alma!

JULIA. — ¡Y la mial...

(*Penetra en escena el marido. Sensación. Viento de tragedia. Un tiro.*

Luis resulta ileso. Otro tiro. Sigue ileso Luis; pero al sonar el tercer disparo, el ingeniero de Caminos está ya en la estación del Norte tomando un billete para Lugo. Con la bala tercera se le acaban las municiones al esposo ultrajado; pero le queda el coraje y un

garrote endecasílabo, con el cual comienza a propinar a Julia una paliza tan estrepitosa, que no nos sentimos con fuerzas para describirla. Al día siguiente fallece, y el marido se queda tranquilo viendo que su honor permanece incólume, y que su segunda esposa, cuando la tenga, se tentará la ropa antes de pretender ponerle en ridículo.)

EN FRANCIA

Georgette Tuffaud, primer premio de piano, y Thomas Lamprey, revistero de toros de Le Matin. Escena de pasión desatada. Besos, abrazos, promesas. Después, cumplimiento de las mismas. Diálogo expresivo y animadísimo.

GEORGETTE. — ¡Te amo!

THOMAS. — ¡Me consta de un modo fehaciente!

GEORGETTE. — ¡Te amaré siempre!

THOMAS. — ¡Si no me lo juras sobre la tumba del soldado desconocido, no te creo!

GEORGETTE. — ¡Te lo juraré mañana!

THOMAS. — ¿Por qué no me tocas una sonata? (*Ya hemos dicho que Georgette es un primer premio de piano.*) ¡Así, si por casualidad viniese tu marido, le dices que soy un discípulo!

GEORGETTE. — ¡Mi marido nunca viene a estas horas!... (*Suena el timbre.*) ¡¡Mi marido!... (*Se desploma sobre la alfombra.*)

THOMAS (del susto se le cae la camiseta). — ¡¡Redix!...

GEORGETTE (consternada). — ¡Ay, mon Dieu!

THOMAS. — ¡Soy muerto! (*Barruntando el drama.*)

GEORGETTE. — ¡Pobres de nosotros!... ¡Con lo bruto que es monsieur Tuffaud! (*Se levanta de la alfombra; pero cae en una chaise bastante longue, con un ataque de nervios.*)

THOMAS (tartamudeando, por efecto de la emoción). — ¿Pero tú crees... que Tu..., que Tuffaud..., que tu Tuffaud..., que tu marido... hará alguna barbaridad?

GEORGETTE. — ¡Ay, lo ignoro!... ¡¡El día que me sorprendió con el director de *Le Temps*, me dijo que si me pillaba otra vez no lo tomaría con tanta calma!

EN INGLATERRA

Mistress Plomby, suculenta jamona, y lord Kiffe, apuesto par, se juran amor eterno en un entresuelo de Piccadilly. Ella, que es una ansiosa (como lo demuestra el que no se conforma con su marido, sino que además necesita un par), deja que Kiffe la oscule y la abrace con una velocidad de veinte nudos por minuto, y devuelve las caricias con más prisa que yo de-



EL NUEVO RICO VISITA SUS POZOS DE PETRÓLEO

Dib. BUSOTE. — Gijón.

— ¡Caramba! Si siguen ustedes profundizando de esa manera, van a llegar a dar con los antílopes.

vuelvo el dinero que me prestan. De pronto, se presenta el esposo, sin que suene ningún timbre. Los ingleses no avisan. Sorpresa. Emoción de los adúlteros. Media hora de hosco silencio.

EL MARIDO. — ¡Muy bien!

LA ADÚLTERA. — ¡Si hubiese sabido que ibas a venir, te hubiera evitado este disgusto!

EL PAR. — ¡Perdónela usted, señor Plomby! ¡La culpa es mía! ¡Soy un inundo seductor!

EL MARIDO. — ¿Hace mucho tiempo que esto sucede?

EL PAR. — Mes y medio...

LA ADÚLTERA. — No llega a mes y medio. ¡Un mes y doce días!

EL MARIDO. — Pues en vista de tan noble proceder, voy a dar a lord Kiffe un mal rato... ¡Yo no habría dicho nada; pero esto me obliga a modificar mi criterio!... ¡Hace tres meses y catorce días, lady Kiffe se la está pegando a lord Kiffe con el vicepresidente de la Cámara de los Comunes!... ¡No tengo nada más que añadir, y me marchó!... ¡Pueden ustedes continuar divirtiéndose!...

EN ALEMANIA

Frederick München, veintiséis años, rubio, doctor en Letras mayúsculas. Horacia Lipp, castaña, veintinueve abriles, sus labores. Son las cinco de la tarde. Los amantes van a tomar el té. En una mesa hay dos kilos de pasteles que Frederick ha traído para obsequiar a Horacia. Antes de degustar las golosinas, München abraza a Horacia seis veces. Los huesos de Horacia crujen a cada abrazo. Frederick ha sido atleta antes que doctor en Letras.

HORACIA. — ¡Qué bruto eres, Frederick!

FREDERICK. — ¡Te adoro como un asno de seis pies de alzada!

HARACIA. — ¡Si no me constase que eres un elefante en todo, no te querría como te quiero!

FREDERICK (dándole un puñetazo que hace vacilar los seis pisos de la casa donde se hallan). — ¡Made in Germany!

HORACIA (mascándole la nuez). — ¡Oso blanco de mi almá!... (Tan entretenidos están, que no notan que el esposo de Horacia penetra en la habitación donde tan infamemente le están faltando. En el rostro de Lipp brilla el fuego de la venganza. Se ve que medita un castigo cruel para los adúlteros. Al fin lo halla, y abalanzándose a la mesa donde están las provisiones se bebe el té y se come los pasteles sin decir ni pío. Después se marcha limpiándose la boca con una manga, y al salir a la calle empieza a reírse a carcajadas y se pone a bailar un fox-trot con un guardia de orden público, que le mira extrañado, pero que le sigue la corriente.)

ERNESTO POLO

TITIRIMUNDILLO

De una crónica de actualidad:
«Me cogieron en Barcelona los sucesos.»

¿Fué grave la cogida?

Porque para algunos ha sido como de un miura.

✂ ✂ ✂

En una ciudad provinciana se han declarado en huelga los boteros.

Suponemos que el jefe será el mismísimo demonio y que se llamará Pedro.

Pedro Botero.

✂ ✂ ✂

«Un perro desconocido mordió al niño Ildfonso Suárez.»

¿Desconocido? ¿Ese perro no cayó en la cuenta de que al morder tenía que presentar la cédula!

✂ ✂ ✂

Se habla de disolver las Cortes inmediatamente.

¡Dios mío! Los diputados sin las dietas y sin el carnet. ¡Qué final de veraneo más desastroso!

✂ ✂ ✂

«La señorita X es una artista que ha conseguido alcanzar aplausos.»

¿Alcanzarlos?... Por lo visto estaban colgados en alto.

«Las butacas se agotaron.»
¡Atízal... Ni que fueran vacas de leche.

✂ ✂ ✂

Dice un periódico:

«En las pasadas circunstancias había quien pisaba terreno firme.»

¿En Madrid? Pues ya es difícil. ¡Porque hay que ver cómo está el piso!

✂ ✂ ✂

«A riesgo de rebosamiento doctrinario...»

¿Rebosamiento?... A ese hombre se le ha llenado la acequia de la literatura.

Y de ahí que rebose.

✂ ✂ ✂

Ya se han abierto muchos teatros.

Así habrán podido cerrarse los apetitos de los cómicos.

¡Que ésos sí que han permanecido abiertos todo el verano!

✂ ✂ ✂

Hablando de un tenor.

«Posee una voz delicada.»

Pues que la cuide, si es que está delicada, no sea que se le agrave.

Y agravándosele la voz, el tenor se convertirá en bajo, más o menos profundo.



Dib. SERNY
Madrid.

— ¡Qué bien te sienta el luto, Fifi-ñal! Pero encuentro que lo llevas muy riguroso! Yo, por mi pobre Ernesto, lo llevé mucho más ligero. ¡Bien es verdad que su muerte para mí fué un alivio!

EL ÚLTIMO ROBINSON

El señor Mendiola Barroquer ha leído todo el repertorio de Salgari, de Julio Verne, de Mayne Reid y de Defoe.

Acaba de naufragar en una isla al parecer desierta.

Aunque ha llegado a ella sin grave dificultad, al pisar la arena de la playa, por cada tres pasos que da se deja caer una vez en el suelo, como ha visto hacer en las películas de naufragos a sus protagonistas. Después piensa:

— Esta playa la llamaremos, andando el tiempo, playa Mendiola.

— Me extraña mucho no encontrar una gruta — se dice a sí mismo a la ma-

ñana siguiente —. Todos mis congéneres encontraron grutas. Será injusto que no me suceda lo mismo.

Al fin halla una en la extremidad de la isla.

— ¡Ah! ¡Hela aquí!

Y ordena *in mente* su distribución:

— En el fondo, la cocina; a su lado, la despensa; mi lecho en primer término; la armería junto a él...

De improviso se le ocurre:

— El caso es que no tengo ni armas, ni comestibles, ni cama, ni fuego...

Se queda perplejo. Recuerda los héroes admirados en las páginas de muchos libros y asegura:

— Los fabricaré.

Medita:

— Dos modos hay de hacer fuego sin tener cerillas. Uno de ellos exige una lupa que haga converger sobre un punto los rayos del Sol. No tengo lupa... Frotaremos dos maderos. (Segundo procedimiento.)

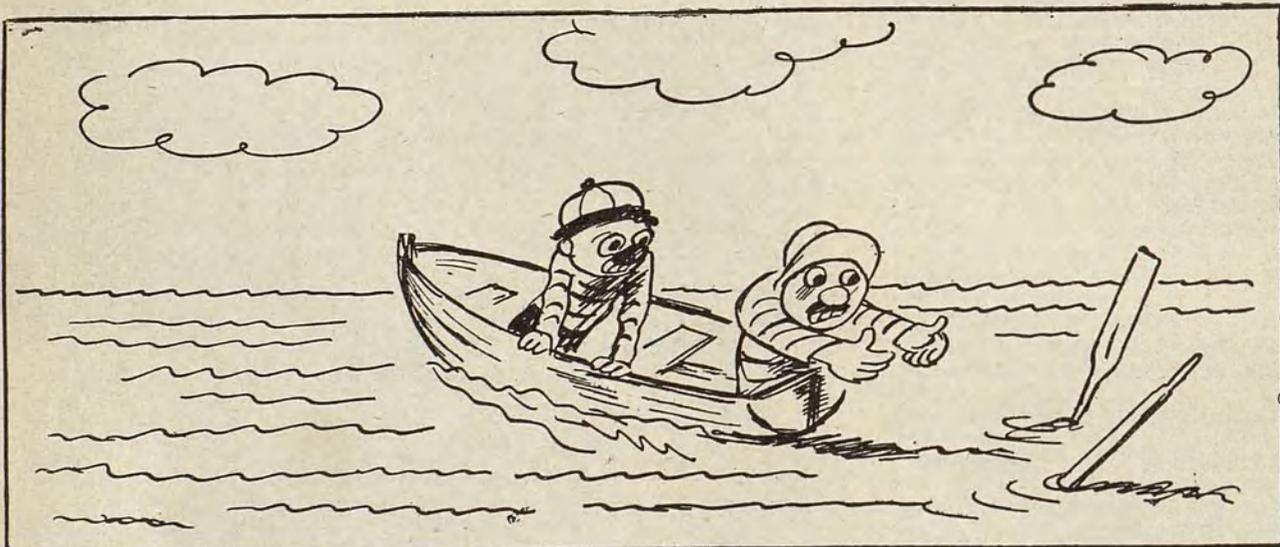
Véanse los maderos: proporcionados, fuertes y manejables.

De tres a tres y media. — Ha frotado uno contra otro los maderos, conforme prescriben los cánones sancionados por la tradición. El calor se propaga con rapidez.

De tres y media a cuatro. — La situación es estacionaria. Comienza a cansarse.

De cuatro a cuatro y media. — La chispa no brota, y los leños, con el roce, se desgastan.

UNA NUBE SALVADORA



De cuatro y media a cinco. — Los leños han disminuído de tamaño espantosamente.

A las cinco y cinco minutos de la tarde. — Jadeante, sudoroso, abandona los dos listones de madera, restos de los troncos vigorosos de antaño, inservibles ya para sus finalidades.

✂ ✂ ✂

No ha logrado hacer fuego.

Se mantiene de hierbas raras y de frutas exóticas.

— En cambio — se dice —, aun no he visto piraguas de indios.

✂ ✂ ✂

Durante dos semanas se dedica a buscar descendientes del capitán Nemo con resultado nulo.

— ¡Me extraña, me extraña! — comenta para sí —. Todavía no me han enviado barriles con armas y enseres, cosa que sucede siempre en estos casos.

✂ ✂ ✂

Al cabo de un mes, ya completamente desesperado, decide construir una almadía.

La bota en la rada Barroquer. Y un día de bonanza se aventura sobre ella hacia el continente lejano.

EL VIENTO (*al mar*). — ¿Has visto qué tío éste?...

EL MAR (*al viento*). — Ya, ya; es un cínico...

EL VIENTO. — ¡Mira que atreversel... ¡Que aguarde un poco y verá!...

EL MAR (*con arrogancia*). — Déjalo de mi cuenta...

MENDIOLA BARROQUER (*deshojando una flor silvestre*). — ¿Llegaré?... ¿No llegaré?...

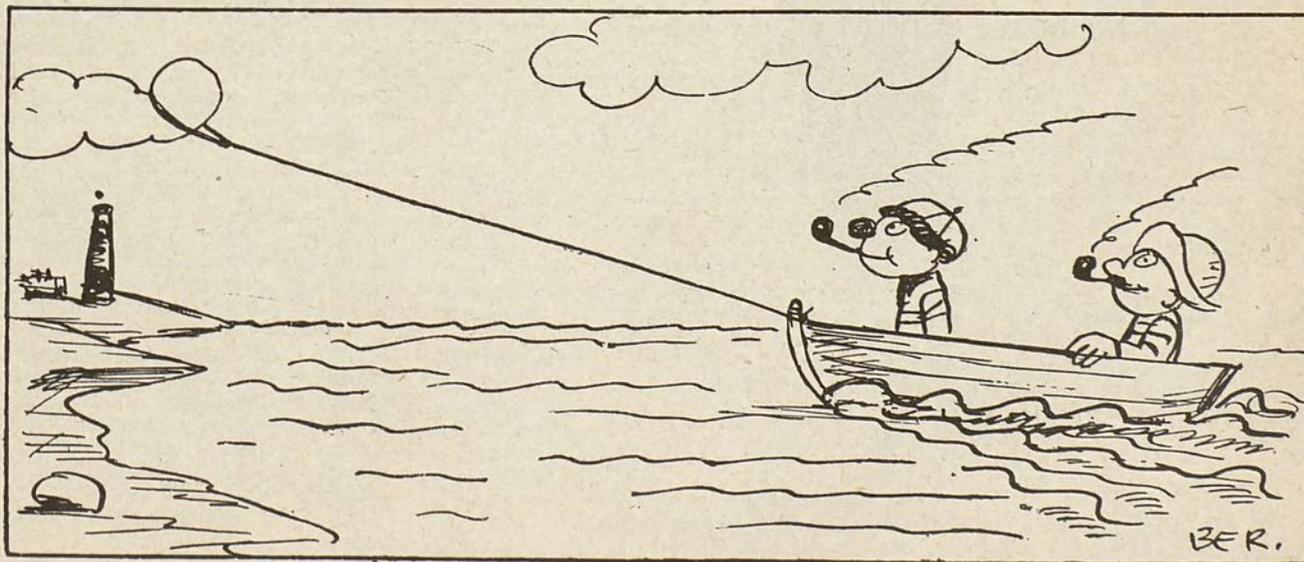
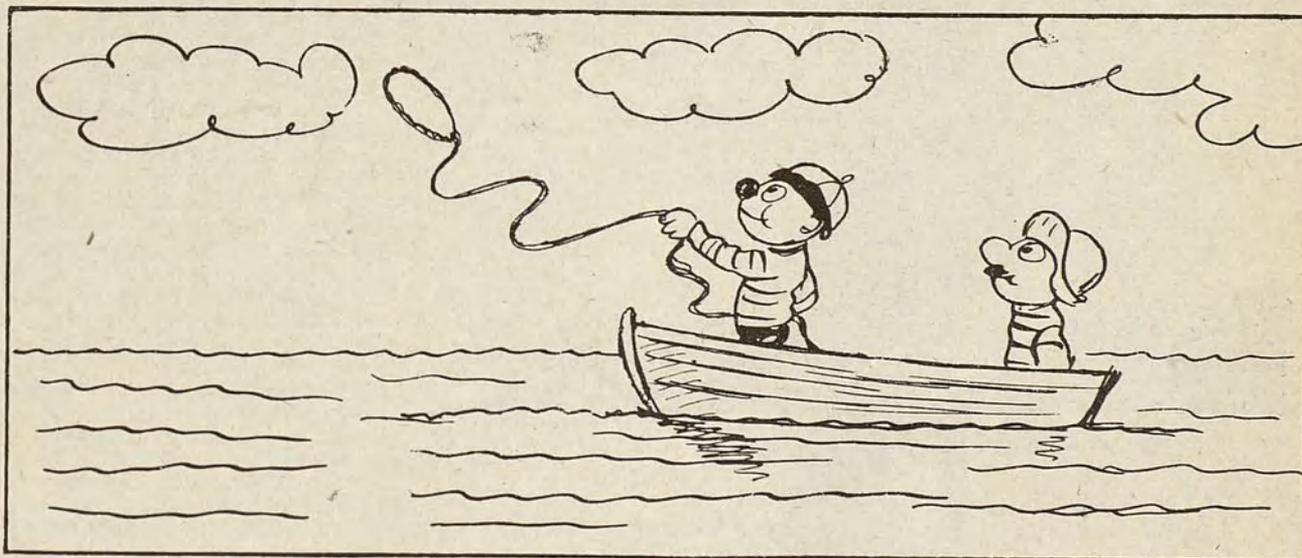
✂ ✂ ✂

A seis millas de la playa Mendiola el mar se desespera, contrae levemente sus músculos, y la almadía vuelca. El último Robinsón, embutido en un terno de magnífica hechura, cuya etiqueta lleva grabado el nombre de un sastre famoso en la remota ciudad madrileña, se ahoga poco a poco.

Muere llamando mentirosos a Emilio Salgari, al capitán Mayne Reid, a Julio Verne y a Daniel Defoe, y aludiendo en términos poco corteses a sus respectivos progenitores.

JOAQUÍN CALVO SOTELO

Historieta muda, por Bergstrom. — Estocolmo.



LAS FORMAS DEL AMOR

UN HOMBRE BIEN PLANTADO

Una calle próxima al Viaducto. Por la acera, y rápidamente, marcha Elvira Palomares, veintiún años, más bonita que un amanecer en los Dardanelos. En dirección contraria avanza Evaristo Robledillo, veintitrés años, mecánico y muy jacarandoso. Evaristo echa una ojeada sobre Elvira y abre unos ojos como dos platos soperos.

EVARISTO. — ¡Vaya con Dios la emperatriz del Japón! ¡Que me gusta usted más que la tapioca!

ELVIRA. — ¡Jesús!... Hay días verdaderamente aciagos...

EVARISTO. — ¿Por qué dice usted eso, reina Calafia?

ELVIRA. — Porque ya son seis los pelmazos que me chicolean.

EVARISTO. — ¿Le molesta a usted que la acompañe?

ELVIRA. — ¡Pschl... Ya he echao la tarde a perros...

EVARISTO. — ¿Eso es llamarme Pomerania?

ELVIRA. — Es decirle que es más molesto que diez kilómetros cuesta arriba.

EVARISTO. — ¿Es que a un cristiano se le recibe así?

ELVIRA. — Hágase usted budista y cambiaré de táctica.

EVARISTO. — Por usted me hago yo islamita.

ELVIRA. — ¿Y qué es islamita, un explosivo?

EVARISTO. — Debe serlo.

ELVIRA. — Pues los explosivos pa Tifarutin. Que usted se regocije. *(Y echa andar rápidamente.)*

EVARISTO *(poniéndose a su lado)*. — Es inútil que corra, porque no me canso: he estudiado pa taxímetro.

ELVIRA. — ¿Sí?... ¿Y qué neumáticos tiene usted?

EVARISTO. — Dunlopé.

ELVIRA. — Pues cuide usted de que no se le pinchen.

EVARISTO. — No me importa. Llevo caja de accesorios.

ELVIRA. — Entonces, ojo con el gato, que le puede arañar.

EVARISTO. — Lo tengo domesticado.

ELVIRA. — Pues presénteselo a Campúa y prepare el debut en Maravillas.

EVARISTO. — No me tiran las tablas.

ELVIRA. — En cambio, podían tirarle las butacas. *(Una pausa.)*

EVARISTO. — ¿Pa qué habré yo nacido tan bonito?

ELVIRA. — Será pa que le escabechen.

EVARISTO. — En serio. ¿A que no ha visto usted un ser tan guapo como yo?

ELVIRA. — Desde que se murió el elefante del Retiro, no, señor.

EVARISTO. — ¿Hay chufra?

ELVIRA. — Hay nubes.

EVARISTO. — ¿Es que le parezco flaco?

ELVIRA. — Dios manda perdonar las flaquezas del prójimo.

EVARISTO. — Ha estao usted buena.

ELVIRA. — Nunca me ha dolido na.

EVARISTO. — ¿Ni el corazón?

ELVIRA. — Ni ése.

EVARISTO. — ¿Lo conserva usted entero?

ELVIRA. — Lo conservo en alcohol.

EVARISTO. — ¿Me puedo asomar a él?

ELVIRA. — Si no le da el vértigo, sí.

EVARISTO. — ¿Usted es de Madrid?

ELVIRA. — No; soy de Andorra.

EVARISTO. — ¡Con lo que me gustan a mí las mujeres republicanas!



Dib. URIBE. — Madrid.

EL QUESO ROQUEFORT. — Oye, fijate qué doncellita más estupenda.
EL QUESO GRUYERE. — ¡Callal... ¿No ves que soy todo ojos?

ELVIRA. — ¿Usted es avanzao?
 EVARISTO. — Soy comunista.
 ELVIRA. — ¿Me da su venia pa reirme?
 EVARISTO. — Puede usted reirse hasta la epilepsia. Pero le azvierto que yo me carteo con Casanellas.
 ELVIRA. — ¿Iba usted en la moto cuando el atentao?
 EVARISTO. — No, porque llegué tarde a la cita.
 ELVIRA. — ¿Es que se entretuvo hablando con un amigo?
 EVARISTO. — Es que me fui a afeitar, y me se pasó la hora.
 ELVIRA. — ¿Tiene usted la barba fuerte?
 EVARISTO. — Tan fuerte, que ganó el campeonato de grecorromana en la Olimpiada de Amberes.
 ELVIRA. — Bueno, amigo. Pa guasa, sobra diálogo. Adiós. Y que usted se mejore.
 EVARISTO. — Pero ¿cómo? ¿Es que se quiere usted ir?
 ELVIRA. — Tengo una cita con Poincaré.
 EVARISTO. — Le azvierto que yo le hablo con una gravedad de odontólogo...
 ELVIRA. — Pues vaya a extraerles los molares a los leones del Congreso.
 EVARISTO. — No se iban a dejar.
 ELVIRA. — Podía usted hiznotizarles.
 EVARISTO. — A quien me gustaría hiznotizar es a usted.
 ELVIRA. — Y ¿pa qué eso?
 EVARISTO. — Pa mandarla que me quisiera de verdá.
 ELVIRA. — No sé hacer na de mentirijillas.
 EVARISTO. — Entonces..., ¿vamos a jugar a querernos?
 ELVIRA. — No, hijo; es un juego en el que perdemos las mujeres siempre.
 EVARISTO. — ¿Y si el juego acaba en boda?
 ELVIRA. — Entonces se acaba a escape la partida.
 EVARISTO. — Me va resultando usted más difícil que una carambola por cinco tablas.
 ELVIRA. — Y usted más fácil que andar en triciclo.
 EVARISTO. — ¿De verdá que no la seduzgo?
 ELVIRA. — A mí no me seduce ni el comer natillas.
 EVARISTO. — ¿Qué clase de hombre le gusta?
 ELVIRA. — El de imaginación de foga-rata.
 EVARISTO. — Pues yo, en punto a imaginación, soy Dumas papá.
 ELVIRA. — Siempre se pondera...
 EVARISTO. — Soy capaz de decirle un piropero nuevo cada diez minutos.
 ELVIRA. — ¿Na más?
 EVARISTO. — Y soy capaz de quererla hasta que los franceses abandonen el Ruhre, que va pa largo.
 ELVIRA. — ¿Sólo?
 EVARISTO. — No, con gotas.
 ELVIRA (sonriendo). — ¿Ve usted? Eso me ha hecho gracia.
 EVARISTO. — Estaba esperando esa



Dib. AREUGER. — Madrid.

— Podría convenirnos; pero ¿qué haríamos con los enseres?
 — Sobre todo con la sillería...

sonrisa con una impaciencia de enfermo crónico.
 ELVIRA. — ¿Pa qué?
 EVARISTO. — Pa asegurarme de que la bamboleo con una mirada. (Mirándola fijamente.) ¿No siente escalofríos?
 ELVIRA. — Sí; pero es que tengo fiebres de Malta.
 EVARISTO. — Pues cátese conmigo, nos vamos a vivir a Buenos Aires, y con Buenos Aires se le quitan las fiebres.
 ELVIRA. — ¿Es que dice usted en serio lo de la boda?
 EVARISTO. — Con una seriedad de camello hidrópico. Conque... ¿acepta usted mi oscura mano?
 ELVIRA. — Déjeme que lo piense cuarenta días.
 EVARISTO. — Entonces, ¿hasta mañana?
 ELVIRA. — Hasta mañana. (Se dan la mano.)

ELVIRA. — ¿Cómo es su gracia?
 ELVIRA — Elvira Palomares. ¿Y la suya?
 EVARISTO. — Evaristo Robledillo.
 ELVIRA. — ¡Vaya un nombre, Evaristo!
 EVARISTO. — Evaristo quiere decir hijo de Eva, de modo que no chille. ¿Hasta mañana, entonces, candelabro de Sèvres?...
 ELVIRA. — Hasta mañana, entonces, candelabro de Sèvres... (Echa a andar calle abajo.)
 EVARISTO (viéndola marchar). — ¡Vaya una mujer pa un día de asueto!
 ELVIRA (para sus adentros). — Me gusta. Está mejor plantao que el árbol de Guernica...

TELÓN

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

LAS COSAS DE LOS TEATROS

HACIA UN NUEVO GÉNERO

Hartos estábamos de oír a las gentes que la misión fundamental del teatro podría reducirse al aspecto pedagógico. Desde los clásicos hasta nuestros días, se dictaron mil definiciones y se escribieron otras tantas teorías coincidentes en que la escena tiene una finalidad didáctica de la cual no debe apartarse... ¡Pero échele usted definiciones ni teorías a la fauna de entre bastidores!

Desde la revista pornográfica al drama naturalista, pasando por la comedia policial, lo mismo en España que en el

Perú, de todo contienen las obras menos enseñanzas, ni ejemplaridades, ni cosa que se le aproxime en muchos kilómetros a la redonda.

Frente a los criterios anteriormente expuestos, estaban las convicciones de los que pagaron siempre su localidad, y, por ejemplo, se *rajaban* de risa con *La copa del olvido* estrenada recientemente en la Comedia por los Sres. Paradas y Jiménez. ¿Pedagogías ni músicas parecidas? ¡De ninguna manera! Los buenos chistes que dice Valeriano León y la repajolera gracia de Perales retorciéndose en una *chaise-longue* al final

del sainetón, eso es lo que interesa al público, y lo restante son divagaciones sin transcendencia...

Para no ir más lejos, nada hubo más ejemplar ni más instructivo ni más tierno que la comedia *La hermanastra*, estrenada el día de la inauguración del Rey Alfonso por la Srta. Carbone y el Sr. Roa...

Pues a pesar de los fundamentos filosóficos de la obra, no obstante la sana orientación que allí se advertía, el público tomó a broma la producción y hasta al autor, que por cierto trabajaba en ella, sin duda para darle mayor autoridad al asunto.

Y es... que no es posible, lector. Oiga usted a los autores de *La hermanastra* y se lo dirán claramente. Se trataba de una comedia honrada, apacible, sentimental, ¡y la patearon! ¿Puede hacer nadie función — ni funciones — pedagógicas para eso?

¡Una verdadera penal!



Pero al comenzar a escribir no nos guiaba, precisamente, el propósito de lamentarnos del estado actual del teatro, sino el de dar una noticia de excepcional interés.

Se trataba de eso, del teatro... pedagógico.

No ha muchos años las Compañías de comedias policiacas fueron con sus representaciones nuestro pan espiritual, como lo eran el de D. Francisco Bergamín y el de D. Alfonso Retortillo, asiduos concurrentes a aquellos estrenos. Claro es que la vertiginosidad en escribir, en estrenar y en gastar tales obras produjo, como es lógico, una lamentable escasez, que puso en peligro la vida de las Compañías que cultivaban el género. Hubo que buscar sustitutos, y al drama policiaco de Sherlock Holmes, siguió la catástrofe ferroviaria, el naufragio pavoroso, etc., etc. Como esto acababa también, organizóse el espectáculo a base de adaptaciones de novelas mundiales, cual *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*.

Por último, se recurre a la historia contemporánea. El Sr. Alcoriza anuncia para muy en breve el estreno de *La cuenca del Ruhr*, y nos aseguran que tiene en su poder *El conflicto italogriego* y *Los terremotos del Japón*. ¿Cabe nada más instructivo? ¿Puede darse cosa de mayor intensidad cultural?

Esperemos para dentro de poco el estreno de un drama titulado *El nuevo régimen* e inspirado en recientes sucesos que no hay para qué comentar. Todo hay que esperararlo de los dramaturgos policiales...

JOSÉ L. MAYRAL



Dib. BRADLEY. — Madrid.

— ¿No se baña usted, Lili?

— No; con el maillot no me atrevo. Me parece una indecencia salir del agua tan ligera de ropa.

EL TROPEZÓN

Usted, señor, no tiene razón. Usted ha tropezado, se ha caído y se ha manchado de barro y polvo. Varios transeúntes se han detenido, le han mirado con curiosidad y han sonreído, al principio casi imperceptible, después francamente; al mismo tiempo, en la acera frontera ha oído estallar una carcajada que se le ha antojado burlona... Todo esto le ha parecido inaguantable; ha sentido impulsos de abofetear a los estúpidos espectadores de su accidente; las risas le han parecido provocativas, desvergonzadamente provocativas. Acaso, mientras sacudía nerviosamente su manchado traje y recuperaba el sombrero, haya pensado que de haber sido un animal cualquiera el que hubiera caído, la piedad, y no la burla, sería con él. La estupidez de sus conciudadanos habrá adquirido entonces para usted irrefutabilidad de axioma. Sin embargo, usted, señor, no tiene razón.

Prescindamos de la hipótesis en que usted fuera espectador y no actor de su accidente. Usted se halla demasiado indignado para admitir que en tal caso su proceder sería análogo al que ahora le exaspera.

A usted le parece estúpido encontrar jocosa la desgracia de un semejante y condolerse de la de un animal cualquiera: un caballo, por ejemplo. Pero, veamos, señor. Un caballo tropieza, resbala y cae. Fíjese bien: él no trata de levantarse; está cansado, y encuentra aceptable reposar en el suelo; a lo sumo, si las varas del vehículo que arrastra le molestan, buscará otra postura más cómoda, y esperará a que el conductor le desenganche y le ayuden a levantarse; hasta aguantará algunos palos sin más que ligeros estremecimientos y resplidos. Los mismos personajes que observan su caída han presenciado la de usted. Pero es indudable que en la del animal no hay nada risible, como en la suya. El se ha caído, y no parece pesaroso de ello; además, le insultan, le pegan, y apenas se da por ofendido; la gente no puede encontrar cómica la situación casi agradable de cualquier ser. Únicamente los palos... Pero usted sabe, señor mío, que los apaleamientos están en pugna con nuestra civilización; por tanto, ningún hombre que de occidental blasone puede dejarlos pasar sin protesta, y por eso el carretero, el cochero, luego de unos trallazos, se limitan a malhablar quedamente ante la actitud del público, protectora para el caballo. ¿Ve usted? Ahora ya sonríe la gente. El caballo es feliz, momentáneamente feliz; sin embargo, el conductor suda, se afana, se desespera por el percance y no puede exteriorizar su enfado maltratando al animal. Ha acudido un guardia, y ya ni el recurso de decir palabrotas le queda. Y el público, como ante todas las pequeñas adversidades ajenas, ríe; pero no del caballo: del conductor que se fastidia.

Usted, como él, no ha sabido adoptar una actitud indiferente. Ha tropezado y ha hecho un gesto de contrariedad; ha caído y ha pronunciado una interjección malsonante; luego se ha levantado renegando y maldiciendo. Usted, sin duda, iba con la obsesión, a lo menos momentánea, de cualquier asunto: un negocio urgente, un amigo, la novia, o simplemente a pasear. Para todo esto necesitaba ir limpio, atildado, correcto, sin esa humedad de barro que le deforma el pantalón, sin esa rozadura que blanquea su zapato ni esos arañazos que rayan sus manos. Todo eso lo tiene usted ya, y, por tanto, la dicha cotidiana, esa insignificancia vulgar, ha desaparecido para usted hoy. La gente se ríe; usted tiene la idea de abofetear a esa gente, pero no lo hace. Su risa, en realidad, no llega a agravarle: es proporcionada

a la pequeñez de su accidente; no hace más que chincharle... Chinchar al prójimo: ésta es la pequeña maldad, y también la pequeña alegría de los hombres. Todo en este hecho es como una caricatura de las ideas que les preocupan: la fatalidad, el dolor, la ira, el orgullo. Todo es pequeño, y por eso sus conciudadanos rien. Si usted se hubiera herido gravemente, o al menos desmayado, le hubieran compadecido.

Ea, señor mío, límpiense, deshaga el abollamiento de su sombrero, restañe la sangre de sus arañazos, agache la cabeza y márchese... Quizás algún alma bondadosa le pregunte aún si se ha hecho daño. No se enfade. Es que le queda la duda de si ha de contar su accidente como un lance chusco o desgraciado.

José LÓPEZ REY



ARTE MODERNO

Dib. KANEO. — Madrid.

LA RETRATADA. — *Maestro, mañana no voy a poder venir.*
EL FUTURISTA. — *No importa, señora; que venga su esposo.*

AVENTURA DE CAZA

— Lo que se llama aventura de caza — nos dijo Paco Luis cuando le llegó la vez —, sólo he tenido una, pintoresca y lamentable.

Fué en los montes de Toledo. Que si por aquí va un conejo, que si por allí muestra el perro una liebre, lo cierto es que poco a poco me separé de mis compañeros de excursión, y cuando quise darme cuenta me había extraviado por aquellos vericuetos y la noche se venía encima.

Fastidiado ante situación semejante, renuncié desde luego a encontrar el camino que me condujera al cigarral, punto de partida, y dime a descubrir algún chozo de pastores o casa de guarda donde poder esperar el día siguiente.

De un humor de mil diablos, cansado y molido, avisté al fin una casucha de pobrísimo aspecto. Sus moradores, un hombre y una mujer de tan lamentable pinta como la casa, me acogieron con pocas palabras y gesto sobrio, y con protesta de su miseria me hicieron pasar adelante.

El interior de la casa correspondía a la humildad de la fachada; había además un no sé qué de inquietante en la taciturnidad de aquel matrimonio, por tal lo tuve, que apenas si contestó a mis preguntas con monosílabos. Colegí que él se dedicaba a la caza — en un rincón había una escopeta y colgado en la chimenea un cuchillo de monte —, que aquella casa era suya y también algunos cuadros de verdura que había en derredor. Por una de las abiertas ventanas llegaba el rezongar de algún animalito de vista baja e inconfundible olor a pocilga.

Despachado lo que de comer había, me mostraron la única habitación que podían ofrecerme: era casi un desván, que daba a la habitación donde estábamos, con un ventanuco en lo alto. Allí, un camastro inmundito me hizo soñar la placidez del descanso que tanto necesitaba, y con unas muy rápidas «Gracias; buenas noches», despache a mis huéspedes, me tumbé vestido, y antes de acabar de estirarme ya estaba durmiendo.

Pero quizás el mismo cansancio que sentía me desveló en cuanto descabecé el primer sueño. Al despertar era ya noche cerrada y por las rendijas de la puerta se filtraban varios rayitos de la luz del hogar y llegaba hasta mí el mormullo de una conversación sostenida en voz baja.

De una manera inconsciente casi, puse oído al rumor aquel, y distinguí la voz del hombre y de la mujer que me habían recibido. El hombre afirmaba, insistía rotundamente en algo, y la mujer protestaba con lamentos y suspiros. Interesado ya, escuché con atención y me di cuenta del diálogo siguiente, con el estupor que podéis imaginar:

— ¡No hay más remedio, Juana, no hay más remedio!

— ¡Ay, Acisclo! — argüía la mujer —. Es una atrocidad, y no nos sacará de pobres.

— Pero nos arreglaré por el pronto. Te digo que es preciso matarlo.

— ¿Tú crees sacar mucho de él?

— Parece bien portado.

— ¡Ay, pobrecillo! Tan confiado como estará descansando ahora.

La sangre se me heló en las venas. Indudablemente, aquellos miserables querían remediar su miseria asesinandome.

— No le hagás sufrir mucho, Acisclo — imploró la mujer.

— No será el primero que despene — contestó sarcástico el Acisclo.

— ¡Dios quiera que no nos pese!

— ¡Bah!... No seremos los primeros que se remedian así.

¡Aquellos tíos eran unos asesinos empedernidos! Quise discurrir con la rapidez que el caso requería el medio de salvarme, y no encontraba forma de librarme de la encerrona. Si salía, era anticipar mi muerte. ¿Esperar? Ya sabía lo que me esperaba. El ventano que el cuarto tenía era muy pequeño para escapar por él. ¡La escopeta! Sí; allí, al alcance de la mano estaba. Pero si bien en toda la jornada no había hecho otra cosa que acribillar los jarales, en cambio no me quedaba un solo cartucho. Gritar, pedir socorro en aquellas soledades, era completamente inútil. ¡Situación desesperada! ¡Y aquellos canallas seguían trazando fríamente su plan, seguros de la víctima.



Dib. RUBIO. — Madrid.

— ¿Me hace el favor, compungido joven? ¿Vive aquí el difunto?

— ¿Y dónde vas a matarlo?

— Aquí. Le traeremos engañado hasta el borde de la chimenea. Tú le distraes, y entonces yo, de un buen golpe, ¡zas!

¡Dios de Dios! Me había parecido sentir ya la acometida de aquel bandido.

— ¿Echará mucha sangre?

— De seguro. Conviene que prepares una jofaina.

— Mejor será un barreño.

¡Sudor de muerte el mío! Era preciso decidirse. Tal vez, mostrándome sereno, dueño de mí, consiguiere, ayudado por la sorpresa, hacerme con ellos un instante, ganar la puerta y correr, correr a campo traviesa.

Requerí la escopeta, que ellos no podían saber si estaba o no descargada, y que siempre, empuñándola por el cañón, podía servirme de defensa. Abrí súbitamente la puerta, me planté de un salto en el centro de la habitación, y encañonando al matrimonio que, ¡suerte fatal!, conversaba ahora en el mismo quicio de la puerta,

— ¡Paso, miserables! — grité ahuecando la voz y procurando hacerla tremebunda —. ¡Paso, u os abraso!

No podéis daros cuenta del estupor de aquellas gentes; y tal fué su asombro y sorpresa, tal la idiotez que se pintó en sus rostros, que me consideré desde luego dueño de la situación.

— ¿Conque esperabais sorprender mi sueño y asesinarme? ¡Ya estáis metiéndos en aquel rincón (el más distante de aquel donde la escopeta estaba), y al menor aspaviento os meto una bala en la cabeza!

Medrosa, la pareja retrocedió hacia el rincón designado; pero a los pocos pasos la mujer cayó de rodillas, hecha un mar de lágrimas, gritándome:

— ¡Ay, señor, no nos haga mall! ¡Somos pobres y nada podemos darle!

— ¿Cómo? ¿Aun me tomáis por un ladrón, bandidos?

— Pero — dijo el hombre más muerto que vivo — si no es usted un ladrón, ¿por qué nos amenza? ¡Nosotros no le hemos hecho nada!

— ¡Miserables! He oído a través de la puerta todo lo que hablabais. ¡Queríais matarme, para robarme después!

Mirad, no creo que actor cómico en el mundo haya obtenido nunca mayor éxito de risa que yo con aquellas palabras.

El marido y la mujer se revolcaban de risa, y comencé a sospechar que estaba haciendo el ridículo.

— ¡Idiotas! — exclamé —. ¿A qué viene esa risa?

— ¡Ay, señor! — me respondió entre hipos la mujer —. Ha creído usted que queríamos matarlo, y... y... ¡es que tratábamos de matar o no un lechoncillo que en la porqueriza tenemos!

Sólo supe pedir que me indicasen el camino para llegar al pueblo más próximo.

VICENTE VEGA



Dib. PELLICER. — Aravaca.

EL SUPPLICIO DE UNA CANCIÓN

ROMANTICISMO

«... Soy feliz, plenamente feliz, porque amo y soy amado. Aun permaneceré un mes en este paraíso, y luego regresaré a Madrid para prepararlo todo, pues quiero casarme a principios de otoño. Un abrazo de tu buen amigo Luis Felipe.»

Doblé cuidadosamente la carta, y luego la rompí en pedazos muy chicos; era ya la vigésimoquinta carta que en lo que iba de mes me mandaba Luis Felipe Iglesias desde San Sebastián. Y en todas, con esa pesadez del enamorado monomaniaco por su vulgar amor, que él cree único y distinto de todos, sólo me hablaba de Ketty Thompson, la reina de su corazón, el hada de sus sueños.

¡Bueno, hombre!... Y todo aquello, ¿qué tenía de particular? Porque en sus numerosas y extensas misivas Luis Felipe no me decía nada interesante: «la quiero, me quiere, nos queremos», repetía con la misma insistencia con que un párvulo una conjugación; pero nada más.

Así pensando, llegé hasta la terraza del Casino, y cuando iba a pasar de lar-

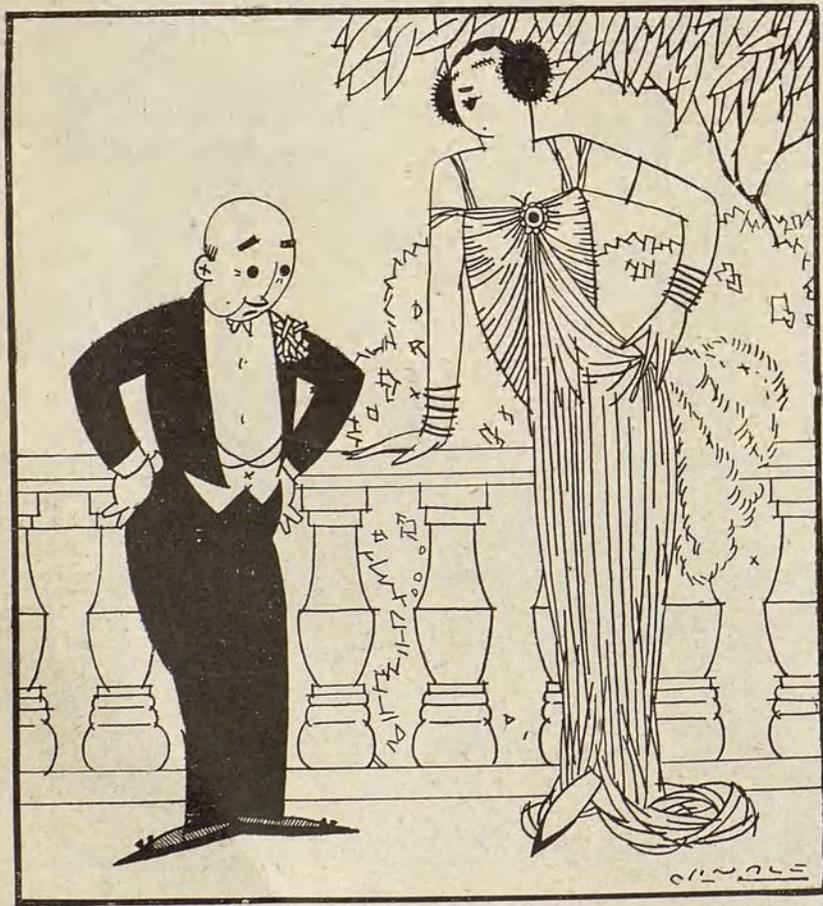
go en busca del amable refugio de las butacas de mimbres del Regina, una voz conocida me llamó:

— ¡Eh, Lamala!... ¡Lamala!...

Y entre las sillas y las palmeras llegó hasta mí, mustio, triste, cariacontecido, Luis Felipe Iglesias.

Mientras consumía un ajenjo a grandes tragos, Luis Felipe satisfizo mi curiosidad, ya que yo no podía explicarme cómo estaba en Madrid a primeros de agosto el hombre que el día antes me anunciaba su propósito de permanecer en San Sebastián un mes más. He aquí sus palabras, que quedaron pirogradas en mi cerebro:

— De antiguo me conoces, y desde entonces sabes también mi desgracia. Yo, ¡pena me causa el confesarlo!, tengo tres millones y medio de pesetas. Así, mi carácter me ha hecho desconfiado y receloso; dudo del amor, de la amistad, sólo creo en el interés, y ante cada mano que me tienden, como ante cada boca femenina que se me ofrece, pienso: «¿Qué me costará esto?»



Dib. LINAGE. — Madrid.

— Si se casa usted conmigo, cuantas riquezas tengo serán para usted.
— ¡Oh, nol... ¡Ni tanto ni tan calvo!

«Vivo, vivía, pues, sin saber lo que era el amor, y en San Sebastián este verano, como tantos otros, me vi asediado por las niñas casaderas y por las implacables mamás, que me perseguían y acorralaban como el cazador al armiño: para quitarme la piel y que las respectivas hijas se vistiesen con ella.

«Sólo entre todas las muchachas logró interesarme una: Ketty Thompson. Bella, ingenua, sencilla, la gentil americana era una figurita digna de un Watteau. La hablé, la pretendí, y no se mostró reacia a aceptar el homenaje de mi cariño; sólo un día me dijo:

«— Yo no tengo interés por el dinero, señor Iglesias; sólo me interesa el amor, y encontrar un hombre romántico, un artista pobre de quien ser la musa y con quien compartir la pobreza, haciéndosela olvidar con mis caricias.

«Debo confesarte que aquella explosión de romanticismo me dejó totalmente desconcertado. Luego reflexioné y encontré a Ketty más encantadora que nunca; casi estuve tentado de pedir su mano aquella misma tarde. Pero mi desconfianza me hizo pensar y maduré un plan para convencerme de la veracidad de cuanto ella me había dicho.

«A los pocos días hice creer que asuntos urgentes requerían mi presencia en París, y una semana más tarde un pobre pintor melencólico y barbado permanecía horas y horas manchando — nunca mejor aplicado el término — tablas con marinas y paisajes.

«— Mi presencia — habrás comprendido de seguro que el pintorzuelo era yo — apenas fué advertida. Nadie paraba mientes en mí, y sólo Ketty Thompson fijaba de cuando en cuando una mirada llena de simpatía en mi rostro pálido y peludo.

«Empezó a pasear de noche por los lugares que yo frecuentaba frente al mar, y al cabo, insensiblemente, nos fuimos acercando, y acabamos amándonos. De aquella época delirante datan las cartas que te escribiera.

«Al fin creí ayer que debía descubrir mi secreto: busqué a Remigio Reveda y me hice reconocer por él; luego le rogué que a la noche me esperara en la Concha.

«Conduje allí a Ketty, y le revelé la verdad, la terrible verdad: yo era rico. No quería creerlo, y me juraba con lágrimas en los ojos que ella me amaba a mí pobre, infeliz, tal como era. ¡Qué admirable romanticismo el suyo!...

«Llamé a Reveda para que acabase de convencerla, y Remigio, con acentos de gran sinceridad,

«— Es Luis Felipe Iglesias, señorita — le dijo —. Es millonario. Le conozco mucho. Le juro a usted que sé que es millonario.

«— ¡Oh, y yo también lo sabía!... — respondió Ketty con la más adorable de sus sonrisas.»

SERAFÍN ADAME MARTÍNEZ

LA ESPOSA TRISTE

«Querido maridín: Desde el domingo en que hubiste de darme el gran disgusto de marcharte a Marruecos destinado... (acaso por no verme)..., te aseguro que apenas tengo nada que contarte.

Sabrás que ha roto un diente Sisebuto y Antonio dos zapatos. A la chacha, que tuvo unas palabras con el chucho, la he despedido ayer. ¡Ya la muy perra no te dará en la cama el desayuno, ni te hará un revoltijo de papeles al sacudirte el polvo, ni a tu gusto te pondrá los riñones! ¡Qué criadas!... ¡Vale más pelear con los moruchos!

Anoche ha fallecido la cotorra que te trajo mamá de Pernambuco. ¡Infeliz animal! Desde su jaula me miró, cuando estaba moribundo, así como encargándome: «Si escribes a Melilla, transmite mi saludo a tu esposo, diciéndole, en mi nombre, que le espero sentada en el sepulcro.»

Los partes que la Prensa nos transmite y los monos que inserta el *Nuevo Mundo* me enteran de que estáis de operaciones. También aquí el doctor don Apapucio la operó el *gurugú* no hará tres días a tu hermana Ramona, la de Frutos, pues se había tragado una lendrera que tomó por la raspa de un besugo. Dime cómo te va. Si en Tizza o Tazza matas moritos, con la crin de algunos podré hacer un colchón al ama seca, que va teniendo desmayado el suyo. ¿Estás en buena posición? Yo ignoro si entráis en fuego, aunque se lo pregunto

a la doncella de Alhucemas, que ésa conoce vuestros movimientos mucho.

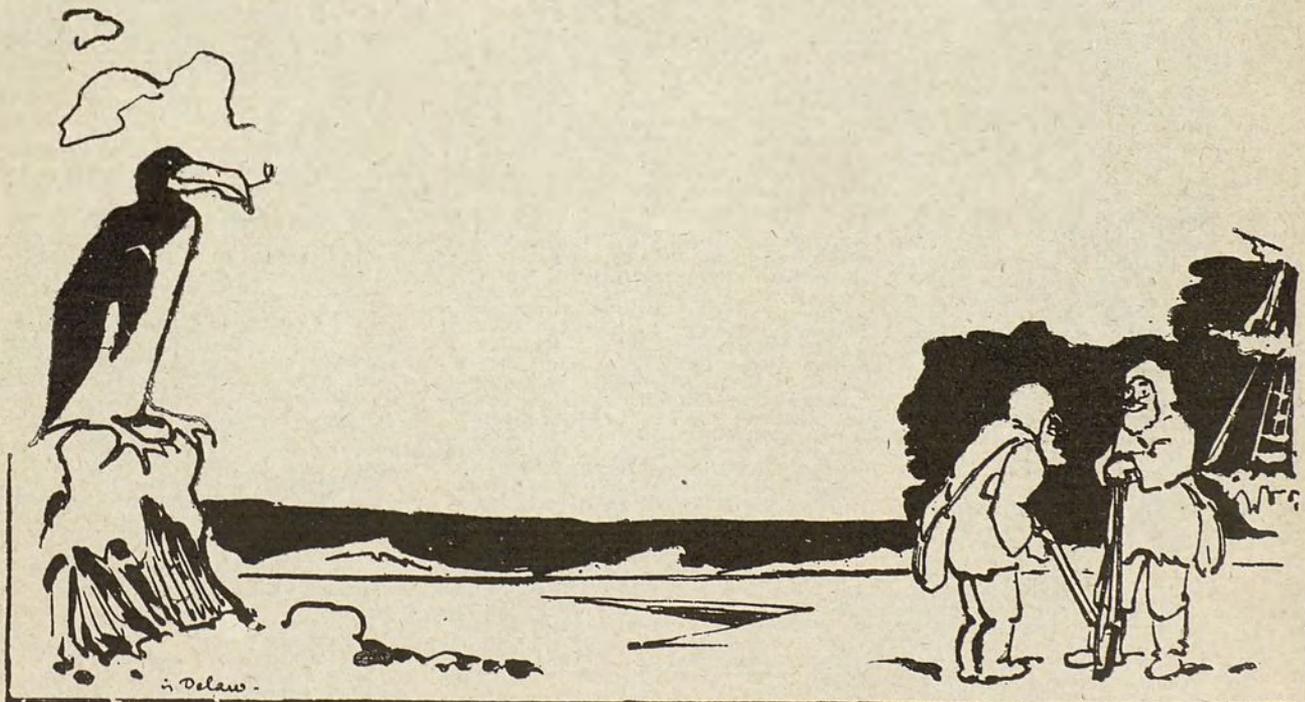
Me he quedado más flaca que un fideo, y es que a vivir sin ti no me acostumbro. Hoy se pueden contar sin rayos X todos mis huesos a través de un muro. ¿Recuerdas que a tu lado me comía noventa y seis garbanzos? Pues renuncio, desde que tú no estás, a los noventa, y hoy me arreglo con seis... ¡Ya ves qué número!

No vivas intranquilo, esposo amado, por lo que ocurra aquí. Nada te oculto, y aunque el pan escasea, tan en calma vivimos los chiquillos y yo juntos, que las balsas de aceite que solías nombrarme alguna vez, yo te aseguro que eran tracas con trucos comparadas a tu hogar, que te espera por minutos.

Perdóname la puntuación, mi vida, pues no ha venido todavía Burgos, el profesor de Luis, que es, en tu ausencia, quien me suele poner aquí los puntos.

Nada más, rico mío. No te cueles (pues de puro valiente eres muy bruto) en sitios peligrosos. Da recuerdos al alto comisario y a los muchos bajos comisarillos que conozco. No olvides a estos nenes, que son tuyos por regla general, y con la pluma mojada en sangre mora, como es justo, escríbele a esta esposa que aquí reza porque vuelvas completo, — *Inés Verdugo.*»

Por la indiscreción,
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



TODO ES RELATIVO

EL PINGÜINO. — Dicen que esta tierra era desconocida hasta hoy. Por mi parte, jamás he conocido otra.

(De DELAW, en *Le Rire*, de Paris.)

DEL BUEN HUMOR AJENO

MEMORIAL DIRIGIDO A SU MAJESTAD LA REINA DE LA GRAN BRETAÑA E IRLANDA (EMPERATRIZ DE LA INDIA), por Mark Twain

Hartford, Connecticut, Estados Unidos. — A 6 de noviembre de 1887.

Señora: Vuestra Majestad recordará indudablemente que el señor Eduardo Bright, empleado en el Ministerio del Interior, me dirigió un oficio por correo, en el mes de mayo último, con el objeto de que pagara una contribución que, según se dice, estoy obligado a enterar en las cajas del Gobierno de Vuestra Majestad. Esa contribución tiene por origen la publicación de mis libros en Londres. Se trata, por consiguiente, de un impuesto sobre las ganancias que percibo como autor.

No conozco al señor Bright, y esto crea cierta dificultad para que mantengamos una correspondencia más o menos activa. No es de extrañar, por otra parte, la falta de relaciones personales entre el señor Bright y este humilde servidor de Vuestra Majestad. Yo siempre he tenido mi domicilio en los Estados Unidos, salvo tal o cual viaje al extranjero, pues he estado en Londres y en Honolulu. Antes de la guerra separatista viví en Marion, Estado de Missouri, tierra de los incrédulos, y la segunda parte de mi vida ha transcurrido en Hartford, Estado de Connecticut, cerca de Bloomfield y a ocho millas de Farmington. Hay personas que se aventuran a asegurar que la distancia es de nueve millas; pero yo no comparto esa opinión, pues constantemente he hecho el viaje en tres horas. Es verdad que el general Hawley se enorgullece de haber recorrido en dos horas y cuarto la distancia entre los dos puntos mencionados; pero Vuestra Majestad sabe perfectamente bien que los generales tienen razones para dar mucha celeridad a sus movimientos en ciertos casos.

Me atrevo a escribir el presente Memorial, animado por la esperanza de que Vuestra Majestad se dignará perdonarme que le dirija mi petición en esta forma, aunque no tengo la honra de conocer personalmente a Vuestra Majestad. Su alteza el príncipe de Gales y yo hemos tenido ocasión de conocernos. El hecho ocurrió en circunstancias muy imprevistas, allá por 1873, en el mismo año del cometa. Recuerdo que fué en Regent Street, más o menos en la esquina de Regent Circus. El príncipe venía a la cabeza de una brillante comitiva, y yo avanzaba en dirección contraria ocupando la imperial de un ómnibus. Estoy perfectamente seguro de que el príncipe notó mi presencia por varias razones: una de ellas es que había pocas personas en el ómnibus, y otra que yo llevaba un gabán gris de forma muy rara. Por mi parte, yo me fijé en el príncipe, y recuerdo el hecho como si hubiera visto pasar el cometa. Hasta me pareció notar que el príncipe iba muy contento. Revelaba estar satisfecho de su suerte. Lo contrario me habría sorprendido en un hijo de Vuestra Majestad.

Hay otro antecedente. Yo figuraba entre las personas que fueron un día a visitar el palacio de Vuestra Majestad. Nos dijeron que Vuestra Majestad no estaba en casa. Esto no tiene nada de extraño, y el incidente es frecuentísimo, como lo sabe muy bien Vuestra Majestad.

Creo que me he apartado del asunto. Vuelvo, pues, a lo que nos interesa, previo el permiso de Vuestra Majestad. El joven Bright envió una nota oficial a mis editores de Londres, que, como sabe Vuestra Majestad, son los señores Chatto Windus — la casa está más allá del repertorio de música, entrando por Piccadilly —, y les decía que deben pagar el impuesto por los derechos de autor de algunos escritores extranjeros. Se trataba de la señorita Ramée (Quida), del doctor Oliver Wendell Holmes, del señor Francis Bret Harte y del señor Mark Twain, servidor de Vuestra Majestad. Los señores Chatto Windus emplearon argumentos persuasivos, y el señor Bright desistió de cobrar lo correspondiente a mis colegas; pero en el capítulo Twain mantuvo una actitud inflexible. El joven Bright no se limitó a escribirme, sino que me envió un impreso más grande que un periódico, y me su-

PLICABA que firmara en distintos lugares de aquella enorme sábana. Quise leer el impreso, y no sé si lo conseguí. De lo que si estoy seguro es de que no entendí jota.

Penetrado de esta tristísima realidad, escribí a Chatto Windus facultándoles para que pagaran la contribución, y aun rogándolos que lo hicieran, mediante promesa formal de que les reembolsaría la suma entregada por ellos a los recaudadores del Gobierno de Vuestra Majestad. Yo creí, naturalmente, que se trataba de una contribución que no se exigiera en lo sucesivo, y que no excedería del uno por ciento. Pero ayer encontré en la calle al profesor Sloane, de Princeton... Tal vez Vuestra Majestad no le conoce. Sin embargo, me parece muy probable que lo haya visto alguna vez, pues el profesor va frecuentemente a Inglaterra. Vuestra Majestad recordará, sin duda, la fisonomía de un caballero muy corpulento, que es además un gran pensador, y digo que la recordará y que le será fácil identificarla, porque Vuestra Majestad habrá notado en las estaciones de ferrocarril que ese caballero llega siempre después de la partida de los trenes y que se pasea desesperado mirando el reloj. Es, en efecto, uno de los muchos casos de sabios y especialistas incapaces de poner de acuerdo la teoría y la práctica. Pues bien: el profesor Sloane me informó ayer sobre los principios que rigen en materia de impuestos, y por sus explicaciones caigo en la cuenta de que debo pagar dos y medio por ciento sobre utilidades en los tres últimos años.

Naturalmente, yo me fui de espaldas y comencé a estudiar el impreso del joven Bright, para ver si encontraba alguna vía de escape. El texto del documento es de una corrección perfecta, y se dirige con mucha finura al interesado, como todos los documentos ingleses. Comienza así:

«Al señor Mark Twain:

«De conformidad con las resoluciones votadas por el Parlamento, que confieren a Su Majestad los derechos y beneficios...»

Esto fué para mí un rayo de luz. Yo no había advertido hasta entonces cuál era la verdadera naturaleza del impuesto, y erróneamente trataba el asunto con el Gobierno. Pero como veo que el Parlamento atribuye estos beneficios y utilidades a Vuestra Majestad, el negocio tiene carácter privado, íntimo pudiéramos decir, puesto que las rentas de Vuestra Majestad no son del Gobierno. Yo siempre he dirigido mis oraciones a Dios, y no pierdo el tiempo en pedir la intercesión de los Santos. Mi descubrimiento es capital, y estoy contentísimo de haberlo hecho. Veo una vez más que yendo a las fuentes acaba uno por entenderse en toda clase de negocios, ya sean de Estado, ya de compra de patatas. La importancia de la respectiva operación y la cuantía de los intereses que en ella se versen, nada tienen que ver con la verdad enunciada. En general, mientras más pequeña es la esfera de acción de un individuo, éste se muestra más intolerante y rígido. Vuestra Majestad habrá observado muchas veces la insolencia de los porteros. Habrá visto cómo nos reciben los empleados inferiores de los Ministerios. Y habrá advertido también que los jefes son de una cortesía exquisita, aun cuando traten con un patán, pues en vez de insultarle se limitan a engañarlo suavemente. Yo no censuro a los poco humildes servidores del público que ocupan puestos inferiores en la escala burocrática. Tienen deberes que cumplir, y es conveniente que no esté en su mano el quebrantamiento de las leyes ni el establecimiento de reglas de excepción. Si Vuestra Majestad llamara al joven Bright y le diera facultades para condonar contribuciones, es indudable que antes de que pasaran tres años la soberana de Inglaterra estaría en la miseria y privada hasta de los muebles de la casa. El joven Bright no sería culpable de un hecho intencional doloso; pero el resultado sería idéntico al que cometiese un malvado, y Vuestra Majestad no se vería libre de complicaciones domésticas por la buena fe del joven Bright.

Ahora bien: suprimamos al intermediario. Dejemos al joven Bright en posesión del rigor de las leyes, y entendámonos amigablemente Vuestra Majestad y yo. Si Vuestra Majestad facilita una transacción satisfactoria, se dirá que ha tomado el partido de los norteamericanos, como hace cincuenta años. Nada más envidiable para un soberano que el privilegio de lograr la alianza con un pueblo extranjero.

No quiero apelar a los subterfugios. Me precio de ser un hombre leal, y trataré la cuestión con claridad y franqueza. Podría decir, por ejemplo, que los autores de acá no estamos sujetos a contribuciones, y diría la verdad; pero como el número de autores aumenta prodigiosamente, será preciso crear un impuesto sobre la propiedad intelectual y los beneficios que de ella deriven. Además, debemos contar con la influencia del Canadá. Más de las cuatro quintas partes de los súbditos canadienses de Vuestra Majestad son compatriotas míos muy ricos. No alego, pues, la extrañeza de tener que pagar.

Tampoco alegaré los defectos de fondo y forma que hay en el documento impreso del señor Bright. Yo pretendo una composición amigable, y mis advertencias no encierran críticas malévolas. He leído el documento, y encuentro que trata de las condonaciones de impuestos. Me permitiré decir dos palabras sobre este punto, si Vuestra Majestad no me niega su licencia para seguir hablando de estas enojosas materias. También he notado que el impreso no dice una sola sílaba de los autores. ¿Cómo se les cobra sin mencionarlos? En efecto: el impreso habla de minas, canteras, fundiciones, aguas, canales, muelles, albañales, mercados, pesquerías, peajes, puentes, ¿qué sé yo?... La lista mide más de yarda y media. La lei atentamente. A medida que me acercaba al extremo inferior de la yarda y media, crecía mi admiración viendo que todo tiene su tarifa en Inglaterra. Tal vez hay dos excepciones: la familia y el Parlamento. El hecho es que no se habla de los autores. ¿Hay un olvido o una omisión voluntaria? Mi corazón palpitaba de júbilo. ¡El señor Bright se había equivocado al cobrar! Pero no: al calce de la lista el joven Bright escribe de su puño y letra: «El impuesto que debe usted pagar se rige por la serie D. 14.»

Acudí a la serie D. 14. La serie D. 14 dice: «Comercio, oficinas, fábricas de gas...»

No había duda. El señor Bright había incurrido en un error; estaba lamentablemente engañado; se salía de la cuestión. El autor no es comerciante. Escribir no constituye un acto mercantil. El autor no tiene oficina, o más bien, su oficina está donde él escriba, y escribe en dondequiera que se levante sobre su cabeza la bóveda infinita del cielo, en dondequiera que sople la brisa, en donde brille el sol, en donde palpiten los seres, animados por el hálito de Dios. Si no ejerzo actos mercantiles, si no tengo oficina, la serie D. 14 no me concierne. Vuestra Majestad lo comprende tanto como yo, que soy el interesado.

¿Podría el señor Bright — para no tener que acudir a Vuestra Majestad —, podría el señor Bright condonarme la contribución, si insiste en el error de creerme materia imponible? Afirmando bien podría hacerlo, aun cuando fuese condicionalmente. Y lo afirmo fundándome en las propias indicaciones del señor Bright. Este confiesa que puedo pedir liberación de impuesto dentro de los términos de la Sección 8.ª, que dice a la letra: «Uso y deterioro de máquinas y aparatos.» Noto una tendencia aberrante en el señor Bright. Vemos que el punto de partida es decisivo en la marcha de nuestro espíritu. Todo error inicial es funesto. Me dice el señor Bright que debo pagar como comerciante y como jefe de oficina. Yo no soy comerciante ni jefe de oficina. Y agrega que puedo eximirme de la contribución por uso o desgaste de mis máquinas. ¿Qué máquinas, señor Bright? Yo no tengo máquinas; y no sólo no las tengo, sino que, según usted mismo, no puedo tenerlas. Me cobra como comerciante y como jefe de oficina. ¿Qué máquinas tienen los comerciantes para vender, o qué máquinas tienen los dueños de oficinas? Sólo que se refiera a las de contar y a las de escribir. Pero es absurdo basar el impuesto en tales máquinas.

Vuestra Majestad convendrá conmigo en que tengo la razón. Citaré íntegramente el texto de la Sección 8.ª:

«Sumas pedidas, título de exención por pérdida de valor proveniente, ya del uso, ya del deterioro de las máquinas y aparatos, tanto los pertenecientes a particulares o Compañías, como los que sean alquilados a particulares o Compañías mediante la obligación de conservarlos y mantenerlos en perfecto estado de servicio.

«Estas sumas ascienden a...»

Yo podría manifestar mi sorpresa y mi indigna-

ción. Yo podría decirle al señor Bright que tengo un noble aparato, mi cerebro, y que no exijo exención de contribuciones por uso o deterioro de mi aparato pensante. Eso, jamás. Estoy orgulloso de haber sabido conservarlo y mantenerlo en perfecto estado de servicio.

El señor Bright habla ofensivamente de alquiler. Si mi cerebro es base del impuesto, no diga que yo lo alquilo, ya sea a particulares o a Compañías. Mi cerebro sería, en último caso, el taller, mi mano la máquina, y yo el motor. Ahora bien: si no alquilo el cerebro o la mano, menos me alquilo yo para que otro me conserve en perfecto estado de servicio.

El joven Bright debería sentirse humillado y confundido, sin que yo haya hecho prodigios de dialéctica para humillarlo y confundirlo, pues me basta escribir a vuela pluma los argumentos que demuestran su falta de justicia en cuanto pretende. Y no digo más. Mi nobleza me impide pisotear al caído. Lo vencí. Eso basta.

Creo haber demostrado a los ojos penetrantes de Vuestra Majestad, que no debo pagar contribución, y que soy víctima del celo imprudente de un burócrata, engañado en cuanto a la naturaleza de mi oficio. No nos queda sino que Vuestra Majestad envíe una orden terminante para que el joven Bright retire su ofensivo impreso. Además, proceda que mis editores puedan reembolsarse de una cantidad que entregaron por efecto de mi apatía, de mi ignorancia y del engaño a que me indujo el señor Bright. Hay otra razón. Para Vuestra Majestad nada significa lo que yo he pagado. Para mí, es una suma fabulosa. Los tiempos se presentan muy malos, y creo que Vuestra Majestad no habrá visto jamás tanta escasez de lecturas interesantes. Hay que estimular la producción por todos los medios.

Señora, a las reales plantas de Vuestra Majestad, — MARK TWAIN.

A. R. H.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
APARTADO 12.142
MADRID

B. M. Vizcaya. — Este glucósido caballero nos envía la siguiente carta, que copiamos para regocijo de los hombres conscientes:

- «Sr. Director de el BUEN HUMOR:
- »muy Señor mío
- »El que suscribe lector de dicho semanario desearía fueran publicados los chistes que a continuación sigan.
- »¿En que se parece una huerta a los oficiales de Africa? En que tienen vainas.
- »un Retirado Ortuella (Vizcaya)
- »¿En que se parece Alemania a un Palacio? En que tiene Marcos.
- »un Principiante Ortuella (Vizcaya)
- »¿que se parece Marruecos a una Huerta
- »En que tiene Moras
- »B. o bi D. C -tuella (Vizcaya)
- »¿En que se parece Abd-^{el} Krin a Boticario? en que da fila...
- »un parroquiano. Ortuella (Vizcaya)
- »de lo que quedara sumamente agradecido este S. S. Q. B. S. S. Manos.»

El que no se ría, es que sufre de hepáticos.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial.
LOGROÑO

G. Núñez. — ¡Es usted un témpano, amigo! Hemos recibido un dibujo de usted calzado de otro de Uribe y publicado por nosotros. Menos mal que, para despistar, le copia usted hasta el chiste.

Una lectora de BUEN HUMOR. Santander. — Señorita... ¿(señorita o señora?), hemos comunicado a D. Ernesto Polo el galante contenido de su misiva, y el susodicho señor, después de palidecer de emoción, nos ha comisionado para que le demos a usted las más rendidas gracias.

¿Está usted satisfecha de nuestra diligencia?
F. M. A. Madrid. — Su trabajo titulado *Las malas compañías* es de un candor casi adolescente. De modo que escriba otra cosita y evite la manía de hacer juegos de palabras con los apellidos. Eso está ya más pasado que la tela de un paraguas viejo.

G. H. de C. Madrid Moderno. — El Madrid pue- de que sea moderno, pero sus artículos son más antiguos que la esfinge de Gizeh. Y es lástima, porque usted nos ha mandado cosas aceptables. Procure huir de lo que está ya hecho y no copie a Pérez Zuñiga. Escriba con originalidad y córtese la coleta con una navaja de afeitar.



HERNIAS
Bragueros científicamente.
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

Número cuatro. — No sirve, porque es más largo que el Amazonas. Comprímase o díñela: ése es el dilema.

J. R. C. Jerez de la Frontera. — Sin duda, su artículo se ha extraviado. Mándelo otra vez, y a ver qué acontece, D. José.

Ig-pa-mi-ma. — ¡Qué lástima! Eso que ha hecho usted está más manoseado que un duro de la República. Reinicia el pollo a ver, y ya hablaremos.

Picadillo. Bilbao. — Aprende dibujo, trabaja mucho hasta cumplir veinte años, y legará a ser un hombre útil. Es un buen consejo; créenos.

A. O. Granada. — En lo que afecta a los chistes no mantenemos correspondencia ni con nuestro padre.

Alquimista. Madrid. — Vea usted el *Diccionario*, y encontrará que *lama* es «cieno marino». Errata, pues, lo de *ciervo*. ¿Le conviene? ¡Poco discernimiento de usted, *amigazo*!

Como, sin duda, no ha pasado usted por el Instituto, carece del grado de bachiller..., ¡una cosa tan elemental!... ¡Hasta Francos Rodríguez es *bachiller*!! No de otro modo se explica que desconozca la palabra *Disamis*. ¡A matricularse, pollo, que ahora es el tiempo! Y para junio próximo le explicaremos, si usted se empeña, el significado del vocablo *calabazas*. Su tercera duda se debe a su impaciencia... ¡¡Mucha tila!

¿Chamuya usted de comprimidos? ¡Caramba, hombre, caramba! ¡Y hace treinta años que desconocíamos esa habilidad de usted!

Entre los *piertetiempistas* hay algunos *huesos*. Usted nos va resultando ya un esqueleto.

A. B. Madrid. — Mande otro artículo, porque con la *caña* no se pesca nada. Y usted sabe hacer cosas que están bien.

A M A D O R
— FOTÓGRAFO —
PUERTA DEL SOL, 13

T. Mhorga. Madrid. — No vale, porque es más corto que una guayabera.

A. P. Madrid. — Le juramos por la salud de Bertrán Duguesclin que no tiene gracia.

Figarito. Sevilla. — El hablar de las suegras resulta ya de una pesadec que tumba. Escriba sin recordar esos tópicos odiosos.

- ¿Está en casa Manolo?
- Está; mas no recibe.
- Traigo Licor del Polo...
- ¡Pase usted, si es de Orive!

J. B. Madrid. — Esas cuatro cositas tienen menos gracia que un pisotón en la región glútea.

La Peque. Madrid. — Sus *Impresiones* no están mal ni muchísimo menos. Haga usted otra cosa más movida y mándenosla, autorizando el que figuren al pie su nombre y dos apellidos, y se lo publicaremos. A nosotros las muchachas inteligentes y bonitas nos entusiasman. Venga de ahí, que aguardamos con una impaciencia de muerte...

Don Ruperto. Madrid. — Perdónese usted, don Ruperto; pero no puede ser. En lo de ofrecernos un artículo semanal del estilo de los recibidos hay algo de enajenación convulsiva.

R. S. T. Sevilla. — ¿Qué quiere usted que le digamos? Tome duchas.

Napoleón I y Gutenberg

La acción en el Purgatorio. Aparecen en escena Napoleón I y Gutenberg.

NAPOLEÓN I. — Estoy más amoscao que un moscardón.

GUTENBERG. — ¿Qué te pasa, gordito? NAPOLEÓN I. — Hola, Gutenberg. ¿Qué te haces?

GUTENBERG. — Viendo un ejemplar de BUEN HUMOR. ¡Chico, qué bien está! ¡Hacen locuras tipográficas!...

NAPOLEÓN I. — Ahora que me acuerdo, tú inventaste la imprenta, ¿verdad? GUTENBERG. — Tuve esa desgracia.

NAPOLEÓN I. — ¿Por qué estás tan triste, Gutenberg?

GUTENBERG. — Tengo penas atrasadas. NAPOLEÓN I. — ¿Es qué te sienta mal para los nervios la vida astral?

GUTENBERG. — No; es que la he *diñado* sin poder ver hecho realidad mi sueño de purpurina.

NAPOLEÓN I. — Cuéntame tus penas, Gutenberg. Yo estoy hecho a pasar malos tragos.

GUTENBERG. — Te abriré mi pecho. ¿Recuerdas que el primer libro que imprimí fué la *Biblia*?

NAPOLEÓN I. — Sí.

GUTENBERG. — Pues ése es mi dolor. En lugar de la *Biblia* debí imprimir un volumen cantando las bondades supremas del dentífrico Sanolán.

NAPOLEÓN I. — ¡Pobre Gutenberg! Comprendo tu angustia. (Se echa a llorar.)

F I N

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

Entre amigos.

— Me han dicho que el día 22 hay una ola de calor, el 24 otra y el 27 otra. ¿Cuál crees tú que será más temible?

— Hombre, yo creo que la más temible será la tercer-ola.

Francisco Mendoza Bernabéu.

Leído en la muestra de un pintor de brocha gorda:

«Se pintan techos y paredes a domicilio.»

Rafael Fernández y González. — Córdoba.



— ¿Cuál es el pueblo que si le quitas una letra más lo sientes?

— ¡...!

— Ayora, porque si le quitas la a..., yora.

Pedro Vizcaino. — Melilla.

— ¿Por qué al caer un reloj de bolsillo al suelo se para?

— ¡...!

— Porque no puede ir más abajo.

Lorat. — Madrid.



— Oye, tú, ¿cómo harías de un caballo, dos?

— ¡...!

— Pues muy fácil. Le das cloroformo, y se quedará hecho un tronco.

Tomás Echevarría.

Alarma justificada.

— Pues sí, chico; esta tarde me marchó a San Sebastián en primera clase.

— ¡Hombre!... ¡Va a chocar!...

— ¿Qué me dices?

— Que acostumbrado a ir en tercera, va a chocar verte en primera.

Masto. — Madrid.

Entre periodistas.

— He pensado publicar un periódico estupendo, a base de dibujos alegres y cuentos que hagan enrojecer a un guardacantón. Pero no le encuentro título.

— ¡Fácil es! Llámale *El Inmundo Ilustrado*.

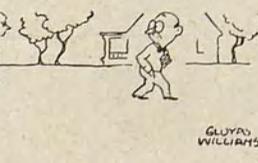
Adoquín. — Sevilla.

Don Juan es un anciano que pasa de los sesenta años; pero se conserva ágil y fuerte.

Sus amigos admiran su naturaleza vigorosa, y él dice:

— No hay que extrañar, señores, mi aspecto de joven. Cuando llegué a los treinta años me planté, y vuelta a contar... ¡Este es el misterio!

Antúnez. — Córdoba.



— Vamos a ver, tú, que eres un águila en cuestión de acertijos, si aciertas éste. ¿Qué es lo que hacen seis gorriones cuando se reúnen en un tejado?

— ¿Cantar?

— Ca, hombre.

— ¿Reñir?

— Menos.

— Pues, entonces, ¿qué hacen?

— Pues hacen tres pares.

Augusto Robert (Pocánez). — Linares.

— ¿En qué se parece un escarpate de ropa blanca a una reunión cursi?

— ¡...!

— En que hay juegos de prendas.

Julio Alonso.

En un examen de Historia.

EL CATEDRÁTICO. — ¿Qué hicieron los indios cuando vieron desembarcar a Cristóbal Colón?

EL ALUMNO (*titubeando*). — Echaron a correr.

EL CATEDRÁTICO. — ¡Hombre!...

EL ALUMNO. — Sí, señor; es que como le vieron llegar con aquella *Pinta*...

María Teresa. — Oviedo.

— ¿No sabe usted lo que le pasó ayer a don Lesmes?

— No.

— Pues estaba en el baño, cuando entró un ladrón exigiéndole dinero, y como él se negó, le descerrajó un tiro que le dejó seco.

— ¡Pobrecito!... ¿Murió?...

— ¡Quia! La bala perforó el fondo de la bañera y se salió toda el agua. Por eso le dejó seco.

P. P. — San Sebastián.

El premio del número anterior ha correspondido a **A. P. Z., de San Sebastián.**

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

EL TERRIBLE PETARDO

(De Life, de Nueva York.)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura evidenciables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.*), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelifero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y en general todo el cutis de manera admirable*. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida*. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Povos Belleza Calidad supertina y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— Canarias: droguerías de A. Espinosa. — Habanas: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 130.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



Dib. CISNEROS. — Madrid.

— Oye, a ti que te gusta la bebida, ¿qué ron prefieres?
— ¡El rom... pan filas!